

ALMA CHILENA



Carlos Peres Vázquez

† el 21 de Abril de 1908.

Edmund Ferretti
BIBLIOTECA CHILENA MODERNA

VOL. I.

1912.

CÁRLOS PEZOA VÉLIZ

AAR 4.269



POESÍAS LÍRICAS

POEMAS ○○○○○

PROSA ÉSCOJIDA

Con Prólogo y Epílogo.

SANTIAGO — VALPARAISO



PRÓLOGO

CARLOS Pezoa Véliz murió en un hospital de Santiago cuando aun no cumplía treinta años de edad y diez de vida literaria. Unos cuantos amigos, fieles a la estimación que sintieran por el poeta, llevaron hasta lo último el deber humanitario de confortar su espíritu, martirizado como su cuerpo bajo la dura ley igualitaria de la sala común; y pasada la hora suprema hubo para sus despojos piadosa sepultura.

Hoy, a cuatro años de su muerte, su nombre parece desvanecerse en el tumulto de la lucha individual, mientras que el grueso público, siempre más atento que al mérito estable de una obra a la mayor o menor frescura de la tinta con que se imprimió, debe estar enteramente olvidado de un autor que sólo de tarde en tarde sorprendía sus gustos apacibles con versos de una originalidad fuerte y atrevida. Se comprende: la obra del poeta, comparable a esas plantas cuyo fruto es la propia flor, rara vez perdura si sus hojas no tienen la consistencia de las hojas de un libro.

Pero, intermitente y dispersa, la poesía de Pezoa Véliz alcanzó a interesar seriamente a un grupo de jóvenes escritores. En las revistas y diarios de 1898, en que aparecieron sus primeros versos (*Oda a la Independencia de Chile*, *A Zola*, *El Himno del Deseo*), se ve destacarse una figura singularmente vigorosa entre los «nuevos» de esa época, tan cercana y sin embargo tan diferente de la actual. Puede hallarse todo el resumen del carácter de su generación en el código bohemio de Mürger, la galantería sentimental de Musset y los idilios de Dumas hijo. Con este arsenal retórico se componían las sátiras anti-burguesas, los brindis

macabros, madrigales a Mimí y letanías a todas las Magdalenas irre-dentas. Pezoa cayó en pecado de imitación, pero hai que reconocer que su opulencia imaginativa le salvó de la vulgaridad. Luego el poderoso instinto de su naturaleza, que siempre le impidió posponer la realidad objetiva a la literatura, orienta su jenio hácia los temas campestres, por donde le veremos ir cada vez con paso mas seguro.

La renovacion de nuestra lírica se había iniciado algunos años antes con Pedro Antonio González, al que puede calificarse de precursor de la independencia literaria de Chile. Algunos de sus antecesores, como Sanfuentes, Blest-Gana, Lillo y Soffia, habian acogido ya las inspiraciones del ambiente, idealizando algunos de sus tipos y escenas, pero sin mostrarnos un carácter individual o nacional al traves de un lenguaje demasiado simple y sin color. La obra de éstos fué mas bien un reflejo del romanticismo frances del año 30: una campaña de poetas ciudadanos que se ayudaban de la palabra armoniosa para despertar las enerjías y los entusiasmos de un pueblo en formación. Con González nuestro arte culmina por algo que hasta entonces le habia sido negado: el esplendor de la forma, que en los *Ritmos* y algunos poemas fragmentarios parece agotar nuestras capacidades bajo el aspecto del lirismo verbal.

Pezoa debe ser considerado como uno de los tres o cuatro poetas que han sabido usar de esa herencia en la explotacion de asuntos nacionales. Unos, como V. D. Silva, pusieron en rimas sonoras el pasado de su pueblo y los modernos ideales democráticos; otros, como Dublé Urrutia, nos dan la vision animada de la naturaleza araucana y de la agonía de su raza. A nuestro poeta le tocó el lote mas humilde, la porcion mas grosera de todas; el destino le había señalado para darnos la primera revelacion del alma popular. Manejado por las circunstancias de su oríjen y de toda su existencia, ya nos hable de sí mismo o de la vida ambiente, es siempre, y aun a despecho suyo, ese poeta popular. Estaba predestinado a ser el mas grande de ellos, o mas propiamente, el primero.

No hemos de insistir mucho para que no se confunda el concepto de poeta popular con el de poeta vulgar. Hasta hoy ninguno de los infelices compositores de décimas por el estilo de las que se leen en los corros tabernarios, ha dado indicios de un jenio capaz de mostrarnos profundamente los sentimientos de su clase. Ni siquiera Bernardino Guajardo, a quien le faltó cultura y mas ancho escenario, ni Juan Rafael Allende, espíritu estrecho, de ingenio mas mordaz que penetrante, podian expresar lo que hai en el alma criolla de sentimentalidad recóndita, de socarro-nería, de fatalismo, de jenerosidad latente.

Es como un gran poeta popular como nosotros apreciamos al autor de estos versos, sin dejar de reconocer por eso todo lo que habia en él

Alma Chilena

de incoherente e incompleto. A través de lo pintoresco, vió de preferencia en el pueblo, el fondo trágico, la angustia semi-inconsciente de la pobre bestia humana. Y es en esta manera de considerar el destino del hombre, dando por escenario del drama racional una naturaleza que sus ojos ven siempre todopoderosa y magnífica, y a la que adora con todas sus potencias, donde el poeta presenta el acerbo espectáculo de un pesimista que no quiere renunciar a ninguna satisfacción de la vida, por miserable que la sienta, y a la que sigue implorando gracia hasta en el lecho de la agonía.

La Vida, la «hembra traidora» de sus íntimas congojas, fué su Manon, su Safo, tanto mas esquivada cuanto mas amada!

Ninguno de sus émulo estaba en condiciones mas apropiadas que él para ser ese gran poeta popular que esperamos. Un poeta de la multitud, pero no necesariamente para ella. Porque si reconocemos que los recursos del arte no bastan para penetrar el alma del pueblo hasta las rejiones que son dominio del poeta, en sus sentimientos, en sus pasiones, en todo lo que hai en ella de baluceante y oscuro, habrá de reconocerse tambien que es la multitud quien debió enjendrar y amamantar a su poeta. O lo que es lo mismo, para interpretar con otros recursos que con la trasposicion de lo rejional extranjero, a nuestro huaso y a nuestro roto—el hijo prudente y el hijo pródigo de la raza—era preciso que alguien venido del fondo mismo de esta sociedad diera espresion artística al sentir de sus iguales. Alguien que hubiera nacido como el pueblo nace, de un orijen incierto, y caido prematuramente en la orfandad; que hubiera sufrido sus privaciones, vivido su infancia sin alegría y su azarosa juventud. Alguien como el roto de ingenio vivo y audaz; como el huaso impresionable y supersticioso, a quien se le hubieran revelado en toda su desnudez las miserias del conventillo, las sorpresas del vagabundaje, los dias sin pan y las noches sin refugio, la temprana necesidad de buscarse un oficio y la via-crucis que debe repechar para acercarse a donde le incita su doble ambicion de desquite: nombre y fortuna.

ESTE hombre fué nuestro poeta. Descorriendo el misterio de su orijen lo vemos desarrollarse como un lejítimo fruto del pueblo, por mas que la esquisitez de su gusto literario y la distincion de ciertos rasgos de su fisonomía, en contraste con lo burdo de sus maneras y gustos personales, parecieran concurrir a delatar una de esas uniones

híbridas que se ocultan al fondo de las casas patricias. La verdad resulta mas simple pero no menos dramática que la leyenda. ¡Peor para aquellos que se complacían en tenerle por un aristócrata bastardo antes que por artífice de su nombre!

Cárlos nació el 21 de Julio de 1879, en uno de los suburbios de Santiago. Su madre parece haber sido por aquel tiempo una joven del servicio doméstico, criada o costurera. Su padre era un inmigrante español. El destino quiere que en los proenitores de nuestro poeta mas representativo, se renueve oscuramente la alianza de las dos razas. ¿Fué su padre del mismo tronco de esos castellanos o vascos que emigran a América con un ideal de riquezas o aventuras, para sumirse apenas llegados en la mezquina realidad de una casa de préstamos o de una tienda de trapos?

La infancia de Cárlos transcurre en una vivienda apacible y de medianas comodidades. Los dueños de casa, uno de esos marchitos matrimonios estériles, se encariñan con el hermoso niño de trenzas rubias y despierto mirar, y concluyen adoptándolo por hijo. No enteramente satisfecha la tierna manía de los viejos, hacen una nueva adopción y le dan al niño una «hermana». Así se completa la ilusión de una familia, cuyo recuerdo le sería, ya hombre, mas querido que el de sus mismos proenitores.

Su educación es descuidada como la de todos esos pobres seres que se recoge de la calle, mas por satisfacer una egoísta afección paternal que por los deberes que impone la verdadera paternidad. El adolescente puro y sumiso de la primera época, comienza a contagiarse de la influencia malsana de la vecindad, con las burlas del jovenzuelo que ejercita una libertad precoz y los consejos de los hombres corridos. Dan comienzo los sobresaltos de los suyos al iniciarse ese período de la existencia de Cárlos en que se suceden las escapadas del hogar: primero los merodeos por los barrios lejanos y mas tarde las dilatadas ausencias en que conoce Valparaíso y Viña del Mar. Es la época tormentosa de su adolescencia, cuando se ve obligado a pernóctar en cualquier parte; cuando conoce «el jergon de la vivienda» de favor; los días en que tendrá por todo alimento algunas tazas de té, sin pan. Desesperado de los azares de su bohemia, entra de aprendiz de zapatero.

Algunos meses despues está de nuevo en Santiago, al lado de sus «viejos». ¡Pobres! ¿Pudieron imaginarse, y pudo importarles, que la única recompensa de tantos afanes estaría en la circunstancia de ligar sus oscuros nombres a una de las obras mas orijinales y duraderas de nuestra literatura?

Por este tiempo es cuando se despierta su vocación literaria. Acababa

Alma Chilena

de licenciarse de la Guardia Nacional y habia encontrado un empleo de ayudante de escuela. En sus ensayos desahoga aquella gran pasion amorosa de sus veinte años, idilio alternado de rompimientos bruscos y reconciliaciones cargadas de protestas, que sucede a los enfermizos amores con la Margarita Gautier que veremos dibujarse lijeramente en *Cosa Pasada*. Hai que sorprender en sus Memorias la injenuidad de aquella pasion, acaso la mas profunda de su vida, y verlo descubrirse en la vehemente aspiracion de formarse un hogar dentro de la legalidad. La violencia de sus celos retrospectivos desbarata sus proyectos.

Sus primeras composiciones debieron costarle grandes esfuerzos. El vocabulario es pobre e incierto, y los pensamientos no mui orijinales. Nótese el empaque meticuloso de los primeros versos que aquí aparecen y compáreseles con los que produjo en la plena posesion de sus facultades, y se tendrá la mas elocuente leccion objetiva acerca de la orijinalidad. Esta se nos presenta, así, como una liberacion progresiva de nuestra personalidad injénita, impulsada por el estudio, pero principalmente por la observacion del propio yo y de la vida en toda su magnífica diversidad de recursos y estímulos. La orijinalidad nos resulta por lo tanto como la equivalente, en lo intelectual, de la sinceridad ante nuestras impresiones y pensamientos.

¿Qué es, pues, lo que caracteriza la orijinalidad de este poeta? La franqueza a veces cruel, a veces brutal, de los sentimientos e ideas que espresa. Los devotos del estilo tendrán que reprocharle sus libertades, sus caidas bruscas, su tono desigual; los técnicos tacharán en su verso la rudeza del ritmo, las rimas pobres o forzadas; los moralistas se darán por escandalizados ante su impúdica desnudez. Y, con todo, nos atreveremos a establecer aquí la afirmacion de que el autor habia encontrado ya su estilo, el mas eficaz para la espresion de su espíritu impaciente anegado en el fuerte claro-oscuro de su humorismo; y agregaremos que ese estilo tan personal puede beneficiar mas a la juventud, como acicate de la propia orijinalidad, que todas las lánguidas perfecciones de los abuelos.

Preocupado de dar vigor a su lenguaje, ensayaba la forma con una tenacidad que llegaba a hacerse dolorosa, para vaciar al fin un trozo de realidad palpitante en frases breves, sobrias de tropos y enérgicas y coloridas como su palabra. Por eso sus versos se le asemejaban como los hijos suelen parecerse a sus padres, en fisonomía y en espíritu. Sus giros caprichosos, amargos, sarcásticos, estaban ya en sus espresiones habituales, y en sus humoradas oyese todavía el eco de su risa, estridente, empapada de mordacidad y cortada por quién sabe qué his-téricas reacciones de amargura.

Sus amigos de aquel tiempo nos lo describen como un mozo flaco y huraño, de maneras rudas y de ingenio mordaz. La rudeza dominaba asimismo en su voz y en su fisonomía: el cabello tosco y rebelde, la cara tallada a recios planos, los ojos de un azul acerado, la boca contraida por un jesto amargo y burlon.

NUESTRA amistad con el poeta data de la época en que vuelve a fijarse en Viña del Mar, halagado por lo pintoresco de sus playas y por su elegancia perezosa y señorial. No era por entonces una persona simpática, en el alcance del calificativo corriente. Para nosotros era algo mas que eso: «un sujeto interesante», un tipo en el que concurrían muchas de esas cualidades raras e inimitables que constituyen una personalidad. Y esto sin afectación ni rebuscamientos. Pocos han sabido burlar mejor todo prurito de pedantería y revelado mayor tacto al hablar a cada uno segun sus alcances. Fué charlador intencionado y oportuno en las tertulias literarias, y galante, audaz y dicharachero en las tertulias populares. ¿No celebramos todos un día sus improvisaciones en las fondas de setiembre, como nos sorprendieron sus décimas a lo humano y lo divino, sus polémicas con alguno de los abominables verseros de cartel que se gastan el título de «poeta nacional chileno»?

De su esperiencia de la vida habia entresacado un código de sociedad para su esclusivo manejo, al que llamaba su táctica. El nombre está indicando que su modo de considerar la existencia no le llevaba a confundirse con la alegre comparsa que la toma como una mascarada; tampoco se agrega a los que epicúreamente la miran como una sucesion de goces y sufrimientos que deben ser aceptados con igual serenidad. Es mas comunmente uno de esos solitarios que la ven reflejarse en su alma como un combate sordo pero sin tregua, de ordinario sin que la sangre asome ni reviente el grito, pero siempre inexorable.

Su espíritu estaba en pleno vigor. Es ese el período en que produce sus poesías mas intensas y personales. Su nombre se ha hecho una reputacion literaria; se habla de los rées de Pezoa, de sus reuniones artísticas, a las que concurren Magallanes, Samuel Lillo, el salvadoreño Masferrer, el colombiano Isaías Gamboa, Silva, Thomson, Labarca y algunos adeptos demasiado jóvenes, contertulios silenciosos y ávidos oyentes. Pezoa ha encontrado un pasajero equilibrio a su existencia, y mientras sueña aristocráticas alianzas, se aviene con una modesta felicidad doméstica. Su ansia de amor asumia en lo espiritual el carácter de una ternura no saciada, o de un apacible ensueño de familia y hogar. ¿Obraba en esto la desviacion de su afecto filial, el vacío de su

orfandad? Natural hubiera sido creerlo al ver con qué regalona familiaridad, en demanda de solícitos cuidados, se acercaba a nuestras madres.

Su poesía es la consecuencia de este abandono. De haber tenido una familia y fortuna, sin tan ruda experiencia a cuestas, probablemente no hubiera gastado el empeño de escribir sus fantasías: le bastara con vivirlas. Menos asiduamente frecuentado por el dolor y la miseria, habríase quedado en dillettante: un derrochador de caprichoso refinamiento, como lo fué de metáforas espléndidas. Pero le tocó agotarse como tantos otros bajo este régimen social en que el pechero nace con los arrestos que piden las armas abandonadas por su degenerado señor, y que ha de ganarse a costa de sus mejores enerjías. Por no haber alcanzado ese derrotero hacía el que clavó la brújula de su barco, se resignó a robar horas a sus placeres de vagabundo contemplativo para sumirse en una tenaz labor de gabinete, en busca de la esquiva espresion de sus pensamientos; y como en el tipo imaginado por Daudet, a veces se ve colorear entre el oro del puñado de versos arrancados a su cerebro, la sangre coagulada entre las uñas. Acaso el dolor de dar vida a su arte adormecía en él otras amarguras mas recónditas, engañando muchas decepciones y haciéndole sentirse mas digno de su alta ambicion.

EN 1905 encontramos a Pezoa en las redacciones de los diarios porteños ensayando la prosa literaria y la política. Escribe a su manera algunos cuentos y apuntes de tipos y paisajes (*El niño diablo, La calle Viana, El candor de los pobres, etc., etc.*). Creía sinceramente haberse revelado como un gran prosista y ya anunciaba una colección de esta clase de trabajos con el nombre de *Tierra Bravía*. Su fuerza de obsesion no se ha perdido, pero el estilo, visiblemente influenciado por la manera de Zola, no es ya tan personal como en sus versos. Los trabajos que figuran al final de este libro son los que parecen reflejar mejor sus aciertos de prosista.

La pesadilla de su vida, la miseria, que en su obra aparece como una obsesion, parece alejada para siempre. Una campaña política le ha dado como premio la secretaría municipal de Viña del Mar. Hélo aquí un poco a sus anchas, elegante, fantaseador bajo el halago de todas las esperanzas, cuando uno de los infinitos accidentes del terremoto le convierte en una criatura inerte y dolorida, en una ruina viviente. Atormentado por los cirujanos, arrastrándose con ayuda de sus muletas, apenas

puede huye de la enfermería y se refugia en casa de uno de sus amigos, en el campo.

Desde entonces comienza una porfía desesperada con la muerte. En su rebeldía trasparentase mas que nada el horror del hombre de espíritu inquieto, que ve al fin de la vida la entrada del pais de misterio donde cree vislumbrar escrita la tremenda sentencia, mas amenazadora que la del Dante: No pensar; No sentir.

Pronto ingresa de nuevo al hospital, con mas graves achaques. Sus amigos van a verle y se encuentran con el espectro del poeta, de palabra enigmática, presa de estraños caprichos, y rechazando con jesto cansado al mismo que habia hecho llamar poco antes con premiosa insistencia, para retenerlo en seguida. Con el sufrimiento vuelve la inspiracion lírica, a la que arranca sus últimas producciones elejías o humorísticas. Aquí se revela una vez mas la relacion que siempre existió entre los padecimientos de su carne y la excitacion de su espíritu. Esto se hacia tan evidente, que recordamos haberle visto durante toda una vijilia componiendo unas rimas jocosas entre las convulsiones de una neuraljia atroz.

Al fin se rinde a la certidumbre de su cercana muerte, y se hace trasladar a Santiago. Quiere descansar al lado de sus «buenos viejos», segun lo declara. El hospital de San Vicente es su cárcel aun por mucho tiempo. El suplicio se prolonga demasiado; su cuerpo desecado por el ayuno y el dolor no ofrece presa a los males que van matando con refinada lentitud su espíritu. Una fria mañana de otoño, de tan torvo cariz como su destino, sus pobres restos van a descansar al abrigo de la madre tierra.

EN la poesía de Pezoa nótanse tres ciclos bien definidos. El primero comprende sus ensayos e imitaciones, en que es fácil reconocer la influencia romántica de la época. La nota pasional, vibrante de erotismo y de tristeza, es la mas profunda de todas. El segundo período, que abarca de 1902 a 1905, es a nuestro juicio el mas culminante. De entonces datan *Juan Perez*, *El Organillo*, *Nada*, poesías de emocion admirablemente sobria en su desarrollo y de una intensidad que hasta hoi no ha sido superada entre nosotros. El poema *Pancho y Tomás* corresponde por su índole al tercer ciclo, aun cuando por su áspero vigor se acerque mas al precedente.

Algo que distingue esencialmente el carácter de cada uno de sus tres poemas nacionales, es su manera de interpretar al pueblo. En el primero aun no siente por él una simpatía particular; por el contrario, diriase

que le odia por su envilecimiento, por su resignacion. Es la voz del pueblo la que va hablando en él cada vez con mayor claridad, y esta insintiva compenetracion basta al poeta. La madurez de su espíritu dulcificó su tono, al mismo tiempo que su vida de sufrimiento apagaba el colorido de su imaginacion, que en *La primera lluvia* confunde su gris uniforme con el del cielo lloroso que la inspira. Así vemos modificarse el argumento de su poema *El Polvorazo* (véase *De vuelta de la Pampa*). La historia de una frecuente burla de la suerte en la desolada rejion salitrera, se convierte al final de su larga jestion en un canto fraternal al honrado esfuerzo del huaso metamorfoseado en zapador de la pampa. Pedro Ureta debió morir al tocar el término de su jornada, ya pronto a regresar a su tierra: lo arrojaría contra el cielo el estallido de volcan del polvorazo con que iba a poner término a su faena.

En la reforma impresa al asunto se hace patente la evolucion de su espíritu hácia una comprension mas amplia y serena del destino del hombre. Esta es la tendencia que vemos adueñarse por entero del humorismo de Pezoa en su último poema nacional, en *Alma Chilena*, cuyo título hemos querido esparcir sobre estas páginas como el mas revelador de toda su obra. Al leer estos versos de una simplicidad tan conmovedora, de una comprension tan justa del corazon de los humildes, se siente que el poeta habia encontrado al fin la via recta y ancha por donde su voz podría llevar tras sí las multitudes. La raza iba a salir por su mudez centenaria para cantar con voz inconfundible el nacimiento de su conciencia artística. Iba a surgir el gran poema nacional, oloroso a yerbabuena, con sabor a leche fresca, ante un horizonte de tierra labrada; al rumor de la chingana o en el torbellino clamoroso y pintoresco de las últimas trillas y rodeos. Su cancion debia repercutir por los ranchos montañeses, en los suburbios de las ciudades, en los corros del taller y de la playa. Pero el instrumento no estaba lo suficientemente templado, y la violencia del soplo divino que obraba en él pronto lo rompió. Y el pueblo, ignorante de que era una vez mas desheredado, aguardará quién sabe cuánto tiempo al hermano que venga a decir no sólo su heroico empuje de guerrero, no sus debilidades y sus crímenes, sino tambien sus callados dolores, sus bulliciosos regocijos, sus jenerosidades, su alma entera.

Entre los trabajos que Pezoa dejó en bosquejo se hallaba su poema *El alma del Mar*. En sus constantes paseos por las playas, ante este mar que se dilata sin barreras desde nuestras costas, habia imaginado un símbolo extraño para espresar el poder subyugador del océano, monstruo que encanta y anonada inspirándonos grandes pensamientos vagos y ensueños inefables. El sujeto del poema seria un vagabundo

medio idiota, para quien no habría otro sustento que la playa, otro techo que el cielo ni otra voz inteligible que la del mar. Esta creacion en jérmen no logró fundirse en una obra formal y sus bosquejos se desvanecieron en vez de tomar consistencia en los últimos años de su vida.

Se ha formado el cuerpo principal de este libro con los manuscritos y recortes que el poeta entregó a uno de sus íntimos, después de corregirlos cuidadosamente en las horas de tregua de sus males. El núcleo central de esta coleccion es el mismo del libro *Las campanas de oro*, proyecto tanto mas acariciado cuanto mas irrealizable de sus días de infortunio.

Esta es la obra, formada con lo mas escojido de su poesía y de su prosa literaria, que hoy cumple realizar a un grupo de los que fueron sus amigos, como un homenaje a su memoria y como una contribucion a la moderna literatura patria. Es nuestro deseo que la juventud chilena se inicie en el conocimiento de un gran poeta de su sangre, que estaba en peligro de morir del todo por culpa del menosprecio que nuestras mayorias adineradas o analfabetas sienten por todo lo que representa una fuerza simplemente espiritual. Será tambien esto reconocimiento de que la obra artística sería, arrancada a la entraña misma de la vida, se impone al fin por su propia virtud y surge fresca y fragante entre los despojos de los que sólo supieron usar del arte como de un juguete elegante y sonoro. Está en este libro todo lo que su autor creyó digno de sobrevivirle; está probablemente lo mejor de él mismo, y nada de lo que pudieran agregar los que le conocieron nos lo mostraría mas fielmente que su obra.



POESÍAS



CARTA A UNA DAMA

No cifro en vos enamorado empeño,
lo puse ya sobre una blanca nube;
vos sois sacerdotisa del ensueño,
seré el incienso que en volutas sube.

Engañada por pérfido homenaje
fijais vuestra atencion en los honores,
sin pensar que sarcástica os ultraje
cada palabra que os ofrece amores.

En medio de los triunfos no os halagan
de pesada existencia los afanes,
porque en torno de vos los cuervos vagan
con el nombre mentido de galanes.

Bien sabeis, soñadora incorregible,
que a la cándida voz del sentimiento
no puede responder el grazno horrible
que arroja ante su presa el cuervo hambriento.

La inclinacion en nuestro sér es propia.
No se cambian jamas los ideales.
Vos que sois del ideal perfecta copia,
¿por qué os rodeais de goces terrenales?

El musgo es del pantano; la azucena
crece en la márjen del tranquilo lago,
en el vaso de vidrio la verbena
y entre escombros el triste jaramago.

¿Por qué escuchar en complaciente calma
la grosera palabra intencionada?
Vos sois materia, pero sois mas alma:
¡y el alma es una planta delicada!

Cada frase de amor o devaneo
de lujurioso espasmo es el camino,
y hasta la santidad del himeneo
sólo es el precio de un placer mezquino.

No sois mujer, ni creacion divina.
Nacisteis en el límite preciso,
en que principia el ángel y termina
la frívola mujer del Paraíso.

Una lei inflexible y bienhechora
destinos diferentes nos reparte;
¡cumplid vuestra mision, oh, soñadora!
¡vivid para la música y el arte!

Yo no os ofrezco el corazon ni amores
que tuve un tiempo en que feliz reia;
yo sólo tengo para vos mis flores,
¡y conservan perfume todavía!

¿Las quereis? Son humildes. Han crecido
de mi pobre bohardilla en la ventana;
¡yo quiero que perfumen vuestro nido
cuando penseis en Dios cada mañana!

EN LA PODA

CANTANDO va el alegre carretero
frente a sus bueyes mustios y cansados:
en su carreta lleva el limonero
que me daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados.

¡Qué alegre vas, buen hombre! dije al guía,
y al seguir canturreando por la vía
me respondió:—¡Como anda siempre el pobre!
¡Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos talvez sobre!

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados.
¡Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

¡Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;
esos nervios del bosque donde el trino
mas de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú del hombre feliz la imájen eres,
tú, cuya fuerza a la labranza uncida,
te hace vivir sin penas ni placeres
arrastrando la carga de la vida
entre los cantos de tu amor a Ceres.

Tú no vienes al bosque a hablar de amores
con la alegre y coqueta Poesía,
ni te amargan los besos seductores
de esa florista que nos da sus flores
escondiendo el puñal de la ironía!

¡Canta! ¡Canta feliz, buen carretero,
frente a tus bueyes mustios y cansados!
¡Llevas en tu carreta el limonero
que nos daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados!



CAPRICHO DE ARTISTA

Yo quiero una mujer...

Así la quiero:

carne sólida y tibia, color rosa
y hambrienta de impudicias...
ceño despreciativo y altanero
y ojos como violeta pudorosa,
preñados de caricias;

sollozos de laúd entre los nervios,
mejillas empapadas de ambrosía
y labios opulentos mas soberbios
que dos rojas tajadas de sandía;
soñadora y salvaje como fiera,
de sangre revoltosa como lava...
y que sólo al amante se rindiera;
¡una reina imperiosa que durmiera
recostada a mis pies como una esclava!

Cuerpo gentil, como en eterna danza,
senos en esplosion de primaveras,
de esos en que la línea se avanza
a dibujar gargantas de quimeras;
bucles en que la luz dance y sonría
dando mas morbidez a la armonía,
frente meditabunda y pensadora
y brazos que a esplendor traben porfía
con la cadera grácil, cimbradora;

alma de artista que creara ambiente
cantando triste su ideal de joven
y una voz musical mas elocuente
que una tierna sonata de Beethoven!

Yo quiero esa mujer...

Cuando al fin la halle,
saldré sangrando de la humana zarza
para alfombrar de cánticos la calle
por donde cruce su esbeltez de garza.
Llamaré a las alegres golondrinas
que describen arriba una sonrisa,
para que ritmen notas cristalinas
en el laúd de la inspirada brisa,
en tanto que al llegar el gran cortejo
de golondrinas y palomas bellas,
saldrán, ardiendo de envidioso dejo,
a la ventana azul rubias estrellas...

Despues... cuando abra a la ideal chiquilla
mi lecho de laurel, rico en frescura,
el sol que arroje luz en mi bohardilla
se ocultará para dejarla oscura...



NOCTURNO

ANA, la triste amante del poeta, tenía
los grandes ojos negros, llenos de poesía,
ojos en cuyas cuencas ahuecadas y oscuras
había muchas penas y monstruosas ternuras.
En otro tiempo hacían de luz blando derroche;
después en ellas mismas se guareció la noche
y en ellas voltejaron con graznidos acerbos,
bandadas de dolores como nocturnos cuervos.
Las penas como buhos sobre sus madrigueras,
se aglomeraban juntas en las negras ojeras
y ahí cantaban todos sus fatídicos dúos:
los buhos con los cuervos, los cuervos con los buhos.

¡Cuántas sombras perdidas en la jornada eterna
hallaban en sus huecos pavorosa caverna,
las sombras que sabían en su escapada trunca
que luz allí no había, no había nunca ¡nunca!
Esa era la morada de asombro que hoy no asombra,
donde cantaba su alma sus duelos a la sombra
y donde algunas veces, si la sombra no oía,
con un lenguaje trémulo de luz me lo decía...
¡Lámparas de tristeza que oscuras y apagadas,
vertían en sus cuencas sus negras llamaradas,
¡lámparas de tristeza que nadie, nadie nombra!
Los grandes ojos negros, llenos de poesía,
Ana, la triste amante del poeta, tenía...

Ana, la triste amante del poeta, era pálida como eran su tristeza y su alegría escuálida... Nunca lloraba, nunca sus ojos entreabiertos lloraron: eran tristes como los de los muertos; sus párpados bajaban en fúnebre caída, cual si tuvieran miedo de mirar a la vida, y sólo levantábanse, trémulos por la angustia, de sus ojeras negras sobre la sombra mustia, en esas noches largas pasadas en su pieza con el recuerdo, el sueño y el sorbo de cerveza, cuando con él, borrachos de honda melancolía, mirábanse los ojos cerca de la bujía...

Pálido crisantemo de pálida belleza, que crecía en el vaso de mi eterna tristeza, era de sueño y muerte su effluvio como el propio con que produce eternos sueños de amor el opio; y es por eso que en mi alma lentamente se apaga el cirio de la vida, cirio de luz aciaga, que ha goteado sus pálidos y acerbos sentimientos como lo hacen los mustios cirios amarillentos... Como era su tristeza y su alegría escuálida, Ana, la triste amante del poeta, era pálida.

Ana, la triste amante del poeta, reía con una risa amarga que mil cosas decía, con una risa extraña de largos estribillos, como esa de los tristes y errantes organillos que lloran sus diabólicos y cínicos rondeles allá en los arrabales y en los sucios burdeles. Como su pena, amarga su risa era. Su pena era como una noche de blanca luna llena, porque había en el fondo de su alma taciturna enormes puñaladas de tristeza nocturna.

Su pena era una pena de princesa alemana,
envuelta en una risa parisien y profana;
pena de beodo, pena con sabor a café,
mas grande que la pena de la alegre Gautier.
¡Oh mujer como noche de blanca luna llena,
cuando te fuiste léjos me dejaste tu pena!

¿Por qué no la llevaste? Yo rezaba en voz baja
y tu risa reia bajo de la mortaja...
En esa tarde triste que caia de prisa,
yo sé que se apartaron tu pena y la agria risa,
yo sé que en el sepulcro, bajo la noche larga,
aun rie tu cadáver con esa risa amarga;
pero sin esa pena que te hacia tan buena...
porque ¡ai! yo aquella tarde me volví con tu pena!



ROMANZA DE AMOR

MIRA la fresca flor... Huele a delicia
prendida al césped donde el paso estampo.
Hai un silencio dulce que acaricia
como abrazo de virjen en el campo.

Traza en las quijas donde chilla el loro
versos de luz la mariposa incauta,
y el viento arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Mira. Las gafas de oro del engaño
caen sobre mi frente, dulcemente,
y un suspiro de amor, largo y extraño
me abraza el corazon como serpiente.

Ven hácia mí. Abrásame a miradas.
Soi el poeta que cantando penas,
delira con alcobas perfumadas
y con labios de vírgenes morenas.

Ven, abrázate a mí. Juntos iremos
hácia un pais de flores y delicias
y el rio del placer remontaremos
como si en una barca, en tus caricias.

¡Óyeme! Canta una cancion impura!
¡Háblame de placeres prohibidos!
Los pájaros, borrachos de ternura,
hablan de amor en los ocultos nidos...

¡Bésame! Enciende ya la Poesía
cuadros de luz en intanjibles tules,
como una gigantesca alegoría
de juegos pirotécnicos azules.

Abre tus brazos de azahar. Con bello
paso de garza ideal busca retiros
y teje entrelazándote a mi cuello
un collar de miradas y suspiros.

Allá a lo léjos su reloj desata
el campanario que recita horas
y canta tripentálicas de plata
con voces soñadoras.

Y acá entre la quietud de las gramíneas
la espléndida intencion de tu figura,
traza en las flautas de sus curvas líneas
una gran serenata de hermosura.

Sueña con tu embriaguez el vino en jarras;
muéstrase como nunca cristalino;
ven a cantar bajo las verdes parras...
¡Cantemos al amor! Bebamos vino!

Y reclina ante el júbilo del aire
en mí tu fé, tu voluntad de roble,
y ese cuerpo que tiene en su donaire
todo el aire marcial de un paso-doble!

Ven a remar. La barca del ensueño
llena de flores y olorosa a viñas,
lanza su proa hácia un pais risueño
por ese mar de luz de las campiñas.

Y allá en las quijas donde chilla el loro,
canta versos de luz la sombra cauta
y el puelche arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Tú, apoyada en tu Adan, y al aire dando
como cantos de luz tus sentimientos,
será un cuadro ante el cual, riendo y llorando,
marchas de triunfo tocarán los vientos!



LA PENA DE AZOTES

FORMADO el batallon, ríjido humilla
al pobre desertor aprehendido
que sobre el patio del cuartel tendido
siente el roce brutal de la varilla.

Sobre sus carnes ulceradas brilla
rojiza mancha. Escúchase un aullido.
Cada brazo en el aire da un chasquido
que las entrañas del soldado trilla.

El sol que sale en el nevado quicio,
irónico sonríe ante el suplicio...
Y mientras que vertiendo vibraciones

la banda el patio de sollozos llena,
una estatua cubierta de galones
mira impasible la salvaje escena...



NOCTÁMBULA

(Cancion de amor para una compatriota).

Ó YEME. Estoi mui solo en un desierto
sin perfumes ni luz, cancion ni flores;
sólo a lo lejos y con paso incierto
cruza una caravana de dolores...

¿Quieres probar estraños embelesos?
¡Ámame! Te daré rejias primicias
y un ramo de ígneos y quemantes besos
arrancado al jardín de mis caricias!

¡Ámame! ¿Do he aspirado tu fragancia?
¿Dónde he visto tus ojos zahareños?
¡Creo que fué una noche de vagancia
en el pais lejano de los sueños!...

¿Qué dice esa paloma en tu ventana?
«Soy del pais donde el ensueño brota
y vengo a vijilar en la mañana
el sueño de una linda compatriota...»

¡De allá...! ¿De dónde son esos destellos?
¿Y de dónde esa luz que en tu alma asilas?
¡Son pedazos de aurora tus cabellos
y fragmentos de ensueño tus pupilas!

Eres luz, eres alma y sentimiento.
Te aman todos: si en tu hombro me reclino,
brama celoso en torno tuyo el viento,
sintiéndose con rabias de asesino!

¿Ves la Luna? Su luz nos idolatra,
y llega a tu balcon la Poesía,
réjia, como venia Cleopatra,
al tocar con su barco Alejandría!

Duermes... ¿Crees que yo tan sólo velo?
¡Muchas estrellas luz han encendido!
Salen... y no se ocultan en el cielo
hasta que te levantas de tu nido!

Duermes... Velan por tí; en la noche bruna,
desde el azul hasta tu riente ceño,
tiende un trapecio hecho de luz la Luna
para que se columpien tus ensueños...

Y hasta el agua parlera del torrente,
cuando tu cuerpo de azahar se baña,
muerde tu carne escultural y ardiente
con la ferocidad de una alimaña!

¡Y cómo no adorarte! ¡Eres tan linda,
con esa endemoniada cabellera,
con esos labios con sabor de guinda
i esa tristeza alegre de ramera...!

¡Si eres nido de triunfos! Donde andas
hai derrotas, heridas y desgracias:
¡si eres una guerrera que comandas
una lejon magnífica de gracias!

Tu cabecita y cuello me han dejado
la ilusion de que son con sus destellos,
una copa de mármol sonrosado
llena con el *champagne* de tus cabellos!

¡Oh, *champagne* de poeta! ¡Qué dulzura!
¡Mira qué rubio es! ¡Quién lo bebiera!
¡Cómo lo saboreara mi ternura
en una monstruosa borrachera!

¡Salve a tu cabellera desgreñada
que muestra de sus tintas el tesoro,
como la jigantesca llamarada
del gran incendio de un palacio de oro!

Cuando te miro en angustioso ayuno,
siento un deseo a cuyo tacto vibro:
devorar tus encantos, uno a uno,
cual se leen las páginas de un libro...

Dia no hai que tus gracias no me arroben.
Te he visto con los brazos en cadera,
cual rejio cántaro de carne jóven
rebotante de luz y primavera!

¡Eros! Partamos de una vez por todas!
¡Que el Destino bendiga nuestra suerte...
y vámonos en gran viaje de bodas
a las playas lejanas de la muerte!



A UNA MORENA

T IENES ojos de abismo, cabellera
llena de luz y sombrá, como el río
que deslizándose su caudal bravío,
al beso de la luna reverbera.

Nada mas cimbrador que tu cadera,
rebelde a la presión del atavío...
Hai en tu sangre perdurable estío
y en tus labios eterna primavera.

Bello fuera fundir en tu regazo
el beso de la muerte con tu abrazo...
Espirar como un dios, lánguidamente,

teniendo tus cabellos por guirnalda,
para que al roce de una carne ardiente
se estremezca el cadáver en tu falda...



LOS OJOS DE MI AMADA

Son esplosion de voluptuosos besos
los ojazos de un rostro que yo sé;
son ardientes, son raros y traviesos
como dos cucharadas de café.

Sobre el mar de la tez dulces despliegan,
como velámen rejio las pestañas,
y parecen balandras que navegan
hácia un pais de líricas montañas.

Tienen los tonos tristes de la luna.
¡Cuánto seducen al mirar contritos!
Son una rejia, orijinal tribuna
donde perora la espresion a gritos.

¡No los mireis! Fecundos en delicias,
brotan del mapa ideal de su cabeza,
como dos continentes de caricias
en un mar de romántica tristeza!

¡No los mireis! Son límpidos umbrales
de sus órbitas grandes y entornadas;
son vasos de negrísimos cristales,
llenos de frescos ramos de miradas.

Son un poema de inauditas glorias,
y son, cuando los canto con mis quejas,
guerreros que recuerdan sus victorias
bajo el arco de triunfo de las cejas.

Son notas de intanjibles mandolinas,
son puñados de sombra amenazante.
Cruzan como soberbias golondrinas
la aurora de su pálido semblante.

Ojos mas tenebrosos que mi suerte,
que quisiera mirarlos en la playa,
cantándome mi adios cuando me vaya
en la barca sombría de la muerte.



EN ESTE DIA

AMADA... Hoi es el dia de difuntos.
Tiernas caricias secarán tu llanto...
Como aquel tiempo rezaremos juntos
por esa anciana que nos quiso tanto!

Amada mia, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este dia
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Iremos a su tumba con las flores
que ella misma ponía en tu ventana,
para que recordando tus amores
te adornaras el pelo en la mañana.

Allí, donde entre el grave simbolismo,
un león de huracánica melena
parece meditar sobre esto mismo
en una trágica actitud de pena.

Donde entre el mármol que el dolor invoca,
vimos cuando su muerte, tristemente,
a un ángel con el índice en la boca
que imponía silencio gravemente.

Donde una estampa atada a una cornisa,
a la sañuda muerte representa
y hai una calavera amarillenta
presa de eterna y espantosa risa.

Iremos a encender la lamparilla
que hai delante de un viejo crucifijo:
el que antes de morir la pobrecilla
tomó cuando llorando nos bendijo...

Tú le dirás que su hijo tambien reza
para que desde el cielo nos resguarde.
...Y tus huracanadas de tristeza
se mezclarán al viento de la tarde.

Amada mia, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Allá, entre el mármol que el dolor invoca,
verás surgir ante tu fe doliente,
a un ángel con el índice en la boca,
imponiendo silencio eternamente.



LOS PÁJAROS

A Tinita Lillo.

Los pájaros infelices
lloran ya a la Primavera;
mas, allá, en otros países,
la Primavera ya espera.

¡Vamos ya, que es el Otoño!
(Era el buen Dios quien hablaba...)
Que ya se hiela el retoño
donde el nido tiritaba.

Que allí en el pique rotundo
bosques y árboles ausculta,
un cazador vagabundo
con el arma al brazo, oculta...

Y hai un jilguero sombrío
que llora en frases ambiguas:
sus canciones son antiguas;
están ya enfermas de frío.

Y hasta el zorzal, ese bardo,
no improvisa en los zarzales,
cabe los mustios terrales
del añoso San Bernardo.

...Mas, un tril del ala elástica
hace aun sordos gracejos
o alguna estrofa sarcástica
sobre el amor de los viejos.

Y hai tencas que cantan lelas
a un árbol que el tiempo muerde,
como agrestes muchachuelas
en torno de un viejo verde.

Y otras cantan en la paja
de algun rancho campesino:
¡Labrador! Sal al camino,
coje el arado, trabaja.

Segun dice en idioma alto
un vientecin bullanguero,
la golondrina es contralto
y baritono el jilguero.

Y es así, pues no halla escollo
el canto en aquellos lares
donde ha aprendido el arroyo
murmurios crepusculares...

¡Déjalos cantar, Dios mio!
Oye esta cancion que efluvia:
es una cancion de lluvia,
porque en ella hai niebla, frio...

Deja al tordo, a quien agobia
viejo amor, si el pobre cuenta
que su novia turbulenta
porque se fué, ya no es novia...

Déjalos que hagan derroche
de su alma, junto al estambre,
mientras no venga la noche,
el cuervo, el galgo o el hambre.

Yo sé bien que en los aleros,
por las tardes del estío,
suelen turbar los jilgueros
las tristezas del bohío.

Y que su charla argentina
verter suele el canto sobre
la tosca mesa de encina
donde su pan come el pobre.

O alegrar con resonante
canto de agreste belleza,
la reflexiva tristeza
del tardío caminante.

Y que dan al buen labriego,
que se agosta en la labranza,
un sueño para el sosiego,
para el sueño una esperanza...



CANSANCIO DEL CAMINO

MADRE mia! Hace frio en esta tierra
tan desoladamente hostil y tosca;
yo no sé manejar armas de guerra,
ni tengo airon ni la mirada hosca.

Yo no sé la estocada sorpresiva
que hace saltar la sangre del contrario,
ni me la aprenderé mientras que viva,
porque no siento audacias de adversario.

Yo no nací para luchar. De niño
a hombre, sin pensar jamas en músculos,
debí sólo ver flores, ver cariño,
campiñas, alboradas y crepúsculos.

Yo tengo inmenso amor por esos bellos
tiempos, por esas tardes tan lejanas
en que condecoraba mis cabellos
con el grave prestigio de tus canas.

Madre, yo tengo miedo. Están de menos
tus palabras tranquilas, tus miradas
buenas como tus besos, que eran buenos
y tus frases de amor, que eran baladas.

He visto mucho ya. He oido nombres,
he vivido en un pueblo muchos años
y siento que las cosas y los hombres
me son aun heladamente estraños.

¡Eras tan joven! Tus palabras eran
como las de los pájaros; como ellos
hablaban de las hojas que murieran
en sus días mas bellos.

Y en las tardes, vagando por la via,
me hablabas de los sueños que soñabas:
yo te hablaba llorando, madre mia,
de mis debilidades. Tú pensabas.

¡Eras tan buena! Tu inocencia suma,
tu inesperienza del vivir, tus sueños,
se impregnaban de amor, como de bruma
se impregnan los paisajes lugareños.

¡Ah, tú sabias encontrar el fondo
de esta amable bondad hereditaria
que me hizo descender a lo mas hondo
de la meditacion, de la plegaria!

Tú no viviste para tí. Eras buena
como tu amor por mí; y eras tan santa
como mi amor, como esta inmensa pena
que de esta mala vida me levanta.

¡Ah, esas tardes de amor! Por el camino
iban nuestros espíritus soñando,
y eran nuestras palabras como un vino
de sabor dulce, como un vino blando.

Como si aun lo viera... Te adoraba
sin presentir los venideros daños.
Te miraba hondamente, te miraba
como se miraria en muchos años.

...Todo lo que habla de tu vida lo amo:
las canciones antiguas y la nieve
de mis melancolías, el reclamo
del vendedor mientras afuera llueve.

Recuerdo todo. Hasta los sueños torvos
de los gatos huraños; tus modales
llenos de aristocracia, como sorbos
de un licor de los tiempos medioevales.

Y nuestra mesa, los manteles blancos,
las copas de color, el vino, el agua;
los jarrones pintados con barrancos,
carricoches y bosques de patagua.

Y veo todo... Hasta la parra vieja
que aun enarca sus troncos retorcidos,
el tordo campesino, la copleja
que era el recuerdo de tus tiempos idos.

¡Y todo eso ya hurtado por la muerte!
Toda esa dicha que no fué ni mucha...
Todo arrancado a la haraposa suerte
de un niño sin vigor para la lucha.

Me besabas; me hablaste largamente;
reímos, conversamos mil asuntos;
nos separamos silenciosamente
después de andar toda una vida juntos...

En una noche que acabándose iba,
echamos cada uno por su atajo:
tú, seguiste tu marcha por arriba,
yo, seguí mi camino por abajo...

¡Eras tan joven! Tus palabras eran
como las de los pájaros; como ellos
hablaban de las hojas que murieran
en sus días mas bellos.

Y en las tardes, vagando por la vía,
me hablabas de los sueños que soñabas:
yo te hablaba llorando, madre mía,
de mis debilidades. Tú pensabas.

¡Eras tan buena! Tu inocencia suma,
tu inesperienza del vivir, tus sueños,
se impregnaban de amor, como de bruma
se impregnan los paisajes lugareños.

¡Ah, tú sabías encontrar el fondo
de esta amable bondad hereditaria
que me hizo descender a lo mas hondo
de la meditacion, de la plegaria!

Tú no viviste para tí. Eras buena
como tu amor por mí; y eras tan santa
como mi amor, como esta inmensa pena
que de esta mala vida me levanta.

¡Ah, esas tardes de amor! Por el camino
iban nuestros espíritus soñando,
y eran nuestras palabras como un vino
de sabor dulce, como un vino blando.

Como si aun lo viera... Te adoraba
sin presentir los venideros daños.
Te miraba hondamente, te miraba
como se miraria en muchos años.

...Todo lo que habla de tu vida lo amo:
las canciones antiguas y la nieve
de mis melancolías, el reclamo
del vendedor mientras afuera llueve.

Recuerdo todo. Hasta los sueños torvos
de los gatos huraños; tus modales
llenos de aristocracia, como sorbos
de un licor de los tiempos medioevales.

Y nuestra mesa, los manteles blancos,
las copas de color, el vino, el agua;
los jarrones pintados con barrancos,
carricoches y bosques de patagua.

Y veo todo... Hasta la parra vieja
que aun enarca sus troncos retorcidos,
el tordo campesino, la copleja
que era el recuerdo de tus tiempos idos.

¡Y todo eso ya hurtado por la muerte!
Toda esa dicha que no fué ni mucha...
Todo arrancado a la haraposa suerte
de un niño sin vigor para la lucha.

Me besabas; me hablaste largamente;
reímos, conversamos mil asuntos;
nos separamos silenciosamente
después de andar toda una vida juntos...

En una noche que acabándose iba,
echamos cada uno por su atajo:
tú, seguiste tu marcha por arriba,
yo, seguí mi camino por abajo...



REIRÉ...

REIRÉ mientras impulses
mi barca que ya se pierde,
niña de ojos agridulces
como granos de uva verde.

Y reiré mientras coja
en el amor mi poesía,
niña de boca mas roja
que un corazon de sandía.

Reiré mientras me enardezca
* tu boca que besa y muerde,
niña tentadora y fresca
con sabor a fruta verde.

Mientras puedan mis agravios
probar en dulces antojos,
las dulzuras de tus labios,
las dulzuras de tus ojos.



A LA CRIADA

CRIADITA alegre, vé
a dejar el café frío;
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Ni té. Quiero de ese que
hierve en tu jenio bravío,
donde el sabor del hastío
se mezcla al sabor del té.

Así el espíritu mio
tendrá su ensueño zahareño,
calor de ensueño y ensueño
con torvas brumas de hastío.

Y así no verás ya que,
hastiado, sombrío y torvo,
paladée sorbo a sorbo
el sabor de ese café.



COSA PASADA

DE los pasados barullos
¿recuerdas, mi buena esclava,
los tiempos de amor y arrullos
cuando mis labios mojaba
en la sangre de los tuyos?

¡Largas noches en tu pieza!
Noches de lluvia y de barro...
¡Cuántos sorbos de cerveza
tornó amargos la tristeza
que salía del cigarro!

Recuerdo todo; la tos
y aquellos tiempos de crisis,
cuando en el nombre de Dios
la melancólica tísis
se interpuso entre los dos.

Todo. El bullicio grosero
del baile, el salón cercano,
y aquel valse lastimero
que sollozaba en el piano...

La pieza en que me ofrecías
caricias, lectura y bock,
y en la que siempre tenías
un tomo de poesías
y un libro de Paul de Kock.

Y aquella obra chocarrera
que no pasó del preámbulo,
cuyo largo título era:
«Amores de una ramera
con un poeta noctámbulo».

Tú, soñabas con alhajas...
Yo, soñaba con Ofelias...
Mientras tendido en la caja
te leía en voz mui baja
«La Dama de las Camelias».

Y besaba en mis empeños
tus carnes de rosa-the,
carnes de tintes sedenos,
mas pálidas que los sueños
de Margarita Gautier.

¿Y te veré? Mudo, tierno,
iré un día a ese país...
¿Cuándo será el viaje eterno?
Talvez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

Y habrá con mi triste esclava
noches de amor y de arrullos
y mojaré cual mojava
mis labios de ardiente lava
en la sangre de los tuyos.



FECUNDIDAD

A Guillermo Labarca Hubertson.

EL porte grave, el porte de esta robusta vaca de cuernos recortados. El aire distinguido de ésta que es corniabierta y ésta que es tan retaca, manchan el pasto alegre donde rumia el marido. Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje! ¡Es usted tan potente! Y es usted tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera la encantadora carne de la esquivia ternera que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire, no sé qué encanto nuevo que ha soñado... El desgaire de los gallos erguidos, de los pollos de estacas que hacen rueda a las pollas de floreados pompones, entre el aire seriote de los toros y vacas y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos empiezan ademanes de lujuria en los rabos abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo que torna oscuro el jesto y el ensueño agresivo... Los peones cuchichean en los ranchos agrestes; las hembras escudriñan los espacios celestes, como soñando un hombre superior, un mancebo de formas endiabladas, un macho ardiente, un nuevo peon que viniera a brincos por las viviendas de ellas, violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo las manadas tranquilas
alargan los lamentos de las tardas esquilas,
mientras un venerable carnero de agria testa,
salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta.
Mas allá un potro bayo de musculosos pechos
baja a brincos los quiebro de los bruscos repechos,
mueve la cola, mueve las orejas nerviosas,
salta, piafa, relincha; las patas temblorosas
se levantan, se doblan. El sol cae en el anca
y hai relampagUILLEOS de oro. Esbelta potranca
viene dando corcobos... Ansía que la violen...
Sopla un viento de fuego que arrastra pólen ¡pólen!

Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña,
mas blanca que la leche de las vacas la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aun mas blancos...
(El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos)...
Oiga usted, buena moza. Mire el sol: una brasa...
¿Ve usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza!
¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastora!
Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora
mira cómo en los campos la carne de las frutas
tiritita; cómo corren oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo
el viento ama a las tierras y les araña el lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...



EL TREN

DÓNDE van los campos grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

A la orilla de un estero
donde hai sauces angustiados,
canta alegre el carretero
frente a sus bueyes cansados.

Y escucha una inmóvil tagua,
sobre una angulosa grieta,
las cosas que dice el agua
en su eterna cancioneta...

Los cuadros que se reemplazan
en desfile vagabundo,
todos pasan, todos pasan,
como las cosas del mundo...

Y van en hondo letargo
tras el eco que responde,
siguiendo un camino largo,
sin saber a dónde, a dónde.

Vése una alegre potranca
que piensa algo mui impuro
y una yegua cariblanca
que relincha a un potro oscuro.

Y allá entre desnudos liques,
torres de aldeas lejanas,
donde sueñan con repiques
las taciturnas campanas.

Y en un paso que se encorva
bajo bosques de retamo,
un peon de mirada torva
que guía el coche del amo...

Alamos de troncos yermos
que alzan el busto hácia arriba
como siluetas de enfermos
en actitud pensativa.

Y las bodegas viñeras,
llenas con fondos de cobre,
donde hai muchas borracheras
para las penas del pobre.

¿Dónde van los campos grises
del alado viento en pos?
Van a lejanos paises
tras del hombre y tras de Dios.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos paises
donde el viento los espera.

Fijos en toscó edificio,
hace mucho que emprendieron
un largo viaje ficticio
que tantos hombres hicieron...

Y ahí están al viento, cuyo
furor habla de vestiglos,
vaciando su inmenso orgullo
en las barbas de los siglos.

O alzando en su misticismo,
laceradas por la yedra,
hasta el rostro de Dios mismo
sus grandes manos de piedra.

¡Oh, esos frailes corpulentos
que hincados en tosca alfombra,
oyen rezar a los vientos
oraciones a la sombra!

Ellos han visto sin mengua
las rabias de los volcanes
y han entendido la lengua
en que hablan los huracanes.

Y han visto ya al rayo ciego
bajar del monte al testuz
y dar azotes de fuego
como látigos de luz.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

Porque él los domó: altanero
señor de corvo y de hazañas,
tomó el traje de minero
y les vació las entrañas.

Y hoi que poco a poco cejan,
muestran entreabiertas fosas
y túneles que semejan
puñaladas horrosas.

Que acaso horadaron quienes
hoi son los mismos aldeanos
que dicen de algunos trenes
que pasan como gusanos...

Por ahí un nombre incoloro,
sobre un pique de renombre,
muestra que una audacia de hombre
tuvo amores con el oro.

Y que ahí el oro y la audacia
que abundan en desengaños,
se buscaron; por desgracia
no se hallaron en cien años...

Ahí los humos fugaces
de oxidadas chimeneas,
trazan sombras, rumian frases
llenas de blancas ideas.

Y ahí entre las agrias rocas
las minas que alberga el suelo,
abren inauditas bocas
como pidiendo algo al cielo.



EL PERRO VAGABUNDO

FLACO, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza siguiendo interminables viajes
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hai aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra vision al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Le persigue de insectos un enjambre
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada há tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fué propicia;
no ha sentido jamas sobre su lomo
la suave sensacion de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hai fiesta,
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un *bull-dog* con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo,
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.



AL AMOR DE LA LUMBRE

A la señora Dolores Endeyza de Silva.

JUNTO a las grutas de las quebradas
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin tón ni són,
hai una casa de corredores
donde hai palomas, tiestos con flores,
y enredaderas en el balcon.

Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
como argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen mas grave la aristocracia
del aire místico y señoril.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
mas de una oda de metro exiguo
hubiera escrito Frai Luis de Leon,
sobre la dama de blanco pelo,
sobre las dichas que allá en el cielo
tendrán los buenos de corazon.

Y en verdad digna es de verso y prosa
la blanca mesa, la blanca loza,
la porcelana de albo matiz,
los cuchicheos, los ténues corros
y el agua alegre que salta a chorros
por una enorme llave matriz.

Es una dicha que causa pena...
La broma alegre, la charla amena
y allá en el piano, *la, si, do, re...*
Los besos largos, las risas claras
y el tintineo de las cucharas
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
éste que piensa fuma el cigarro
mirando el humo subir, subir.
Hace proyectos mientras bosteza
y ve en las brumas de su pereza
las alegrías que han de venir.

La madre cose; la jóven piensa;
la chica enreda su oscura trenza;
los grandes hurgan temas de amor.
Y si a la larga se ponen tristes,
el mas alegre cuenta unos chistes
que a todos ponen de buen humôr.

Mientras, las flores pueblan la mesa
y la bandeja de plata gruesa
y las cajitas donde hay café,
en cuyas clásicas etiquetas
hai unos chinos que hacen piruetas
sobre cajones llenos de té.

En los jarrones de porcelana
hai una torre y una campana
que casi, casi repica ya...
un cuadro antiguo, colgado al muro,
y en él un jesto grave y seguro
sobre el retrato del buen papá.

Si allá un piloto maniobras manda,
los chicos todos en la baranda
piensan: ¿a dónde va el bergantín?
...Y sopla el viento del mediodía
y una brumosa melancolía
vácía en el aire vahos de esplin.

En las heladas tardes de invierno
se leen libros de arte moderno
o alguna charla de Pedro Jil;
oye la dama de pelo cano,
callado el viento, callado el piano,
y Paderewsky sobre el atril...

Cuando en las noches hai aguacero,
niños y gatos junto al brasero
oyen *La lámpara de Aladín*;
cuentos de negros duchos en bromas,
niñas que un hada volvió palomas
o jigantones con piel de espin.

...Suenan las doce; la madre reza;
hai en los cielos mucha tristeza,
abajo un vaho sentimental,
mientras que enfermas de hipocondría
cantan las ranas su letanía
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria
hai una inmensa preparatoria
donde Dios hace de preceptor;
y que en las clases, de traje blanco,
a cada uno pone en el banco
una corneta con un tambor.

EL PINTOR PEREZA

ESTE es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgues!

Cerca de él, cigarros finjen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hai tufo a sudores i olor a cadáver,
hai tufo a modorras y olor a mujer.

Juàn Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rinac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todàs las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un jesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que há tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorio sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarin;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplin.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera orijinal,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hai planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con jestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fé.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagon de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacia llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chochees de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! la vida es así...



A EVA

ALBA de amor, alba nueva,
sorbo de vino frances,
en cuyo agridulce nieva
su frio el esplin ingles.

Tu pubertad se subleva
y no obstante indúctil es:
si mi amor pide una prueba
respondes: despues, despues...

Flor que reclama el estambre,
por tí se olvidó de su hambre
un bardo sentimental.

Y en una tarde de invierno
te hizo un dístico moderno
en su laúd de cristal.



ENTIERRO DE CAMPO

Con un cadáver a cuestras,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descenden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscas, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efimero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura:—Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus responsos
los pobres angarilleros
y repite alguno:—Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doi mi adios a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura
¿quién era? llorando pienso:
—¡Algun pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!



EL ORGANILLO

A Augusto Thomson.

PARA el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

Tambien hai consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergon de la vivienda,

En los rezongos lejanos
de algun organillo viejo
que masca versos indianos
y polkas de estilo añejo.

Cuando al són de un aire aciago
llora, o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares.

¡Pobre peon! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patron, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra,
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

¡Pobre peon! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parron, sus guías,
las bestias, sus aparejos.

Cuando la tierra era buena:
cuando no habia patrones
que hicieran siembras de pena
y vendimias de pulmones.

Cuando el amo aun no habia
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos,
iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra,
del arado y la picota,
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

¡Pobre peon! Mas tarde vino
a la aldea. (¡Adios, montaña!)
Y fué ladron y asesino
con jente de estirpe estraña.

Y hoi es un andrajo errante
que en los quiebros de la via
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fria.

¡Pobre peon! De dia cruza
la calleja solitaria,
donde el hambre viste blusa
y la blasfemia es plegaria.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algun pillo
paga al hermano la ronda
o una polka al organillo.

O alguna mazurka ambigua,
que en una cadencia larga
cuenta una historieta antigua,
tan amarga, tan amarga...

Sí, al armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peon presidiario
para quien la alegre vida
fué una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes cuando bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
El peon calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre can que aúlla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

¡Bien se sabe el hosco pillo,
bien se sabe el perro huraño,
lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja al pasar por la vía,
andrajos de remembranzas,
hilachas de poesía...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrices pobres
y a los nostálgicos perros.

¡Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurkas acerbadas!

Mientras un muchacho pobre
hunde los ojos sin brillo
en un cuadrito que hai sobre
la tabla del organillo.

En el que una mancha inválida
muestra un fondo de taberna
y una bailarina escuálida
que al aire enseña la pierna.

El peon calla. Ah, esos dias
están lejanos, lejanos...
El rancho, las noches frias,
las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
són masculla: ¡nada, idiota!
La música sigue: ¡nada!
El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
El peon calla y frunce el ceño...
¡Está enfermo el organillo!
Enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo le acosa...
¿Y cómo quereis que calle
toda esa vida penosa
que a su paso no hai quien no halle?

Y el peon huye. La grosera
polka le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira larga, larga...



LA CITA

PRIMAVERA, primavera!...
Luna que arriba medita;
un mozo que va a la cita
y una muchacha que espera.

Pasos quedos en la grama;
y luego un dulce «te adoro»,
y la pasión que derrama
sus ardientes frases de oro.

Un barco que en la bahía
iza sus cándidas velas,
mientras rima cantinelas
la adusta marinería.

En tanto el jefe en la popa
recuerda meditabundo
una vuelta que dió al mundo
y las mujeres de Europa...

Música y luz. ¡Primavera!
Noche plácida de luna;
un mozo que pasa y una
niña triste que le espera.

El mozo que se arrodilla
y la muchacha que llora.
¡Adios! dice la barquilla
que va al país de la aurora.

El, besándola sombrío;
ella en sus brazos temblando;
allá a lo lejos vibrando
la serenata de un río...

Redoblan marchas las olas
en sus líricos tambores;
se alejan los pescadores
cantando sus barcarolas.

Y la luna que se esconde...
la joven que piensa... el mozo...
luego un adiós, un sollozo;
luego el eco que responde...



TEODORINDA

T IENE quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla mui linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años mas!

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años no mas... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesion,
su erguido porte, fascina, daña...
y mas de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechon.

¡Si espanta el brio, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floracion!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patron!

Antes que el alba su luz encienda
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cúdalala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, jóven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y la echa un beso por el testuz...



CONTRA AVARICIA, LARGUEZA...

Tú sabes que cuando reza
el hermano franciscano,
aconseja al buen cristiano
contra avaricia, largueza.

Por eso, por mi pobreza,
y porque en Dios soi tu hermano,
dame tu beso, tu mano
blanca y tambien tu pureza.

Dame, dame, lo que es mio...
Yo a tí mi brazo bravío
de campesino y mi hoz;

mi buen humor de muchacho,
mis inquietudes de macho,
salvaje, ardiente, feroz...



CONTRA GULA, TEMPLANZA...

AMA el trabajo, el buen nombre,
la virtud que Cristo amó;
recuerda, hermano, que no
sólo de pan vive el hombre.

Contempla, extásiate. Asombré
tu alto gusto a quien te vió,
y abre tu alma a todo lo
que da buen nombre y renombre.

Deja el *beef*, el vino craso
para el panzudo que al paso
de buei rastrea el millon,

y a quien, crasa y elegante,
envidia el vientre colgante
la nueva jeneracion...



NADA

ERA un pobre diablo que siempre venia cerca de un gran pueblo donde yo vivia; jóven, rubio y flaco, sucio y mal vestido, siempre cabizbajo... ¡Talvez un perdido! Un dia de invierno lo encontraron muerto dentro de un arroyo próximo a mi huerto, varios cazadores que con sus lebreles cantando marchaban... Entre sus papeles no encontraron nada... Los jueces de turno hicieron preguntas al guardian nocturno: éste no sabia nada del estinto; ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto. Una chica dijo que seria un loco o algun vagabundo que comia poco, y un chusco que oía las conversaciones se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones! Una paletada le echó el panteonero; luego lió un cigarro, se caló el sombrero y emprendió la vuelta... Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada...





ÉGLOGA

Amo lo que me asombra y no me asombra:
la luz preclara, la nocturna sombra;

El cantar de una boca
cuando la frente de la amada toca,
y el rumoreo de hojas y de seda
que en pos del paso de una jóven queda.

Amo el golpe del hacha en la montaña
y el canto de la esposa en la cabaña;
amo el chisporroteo de la leña
en el hogar donde el labriego sueña
con ver una esplosion de espigas rubias
en pos de las tristezas y las lluvias;

Las tardas oraciones
que elevan los lejanos esquilones
desde el alero
en que piensa el sombrío campanero.

Amo la melancólica elejía
de la hojarasca en la alameda umbría.

Amo la tarde,
la mustia estrella,
la rima que arde
y la plácida luz que cae de ella.

Amo lo que florece, lo que anida
en el inmenso campo de la vida;
amo lo que Dios pone en un murmullo:
yo lo amo porque es bello, porque es suyo.



UNA ASTUCIA DE MANUEL RODRIGUEZ

FRAI Alfonso Guimáñez de Medina, el hermano mas bonachon y santo del templo franciscano, bajaba por la cuesta con direccion al fondo gloriosamente verde del valle de Aconcagua. El rio iba cantando no sé qué cosa en lo hondo de una barranca agreste. Reia abajo el agua con frescachona risa de mujer, con pomposa locuacidad, con esa verbosidad latente con que rie en la gloria de los campos la rosa, a la gloria apacible de la alegre corriente. Frai Alfonso iba al paso de su mula; iba al paso porque dádivas, diezmos y primicias sumaban como la siembra toda de aquel faldeo raso que veia... Los buenos campesinos se daban con espíritu y cuerpo... Desbordaban legumbres desde el rio a la cuesta, desde el llano a las cumbres. Frai Alfonso pensaba tales cosas risueñas con fruicion inocente. Las pupilas zahareñas se aguzaban de gozo bajo el amplio sombrero que albergaba su rostro de relijioso austero. Frai Alfonso salia de las árguenas llenas, por encima de un tiesto con gallinas rellenas, por encima de rumas apretadas de coles y pollos de plumajes ricos en tornasoles... Frai Alfonso al tufillo de ese monte rumiaba condimentos nefandos o comilonas sordas; talvez al paso lento de su mula soñaba con siete vacas gordas...

Tal iba. En el quebrajo de la hondonada vino la amable catadura de un pobre campesino, rústico de lenguaje.—Güenos días, hermano, canturreó con devoto sonsonete el aldeano.—Buenos se los dé el cielo, santamente repuso frai Alfonso Guimárez. Como entónces era uso dar la diestra al creyente para el beso devoto, alargó al campesino la diestra. (Por el soto cantaba alegremente su copleja burlona algún pájaro irónico, algún tríl andariego, para quien no era alegre, ni era tal bonachona la inocente mirada del devoto labriego).

Frai Alfonso Guimárez, ante el sacro donaire del labriego, hizo entonces una cruz en el aire y alargó al campesino la sonora alcancía con la mística imájen de una virgen María, que desde muchos años para los campos era la bendicion, el trigo para la sementera, el sol para los ciegos, para el hambriento el pan, la gloria del Altísimo para los que se van...

La espresion del labriego, bajo el ala mohina de un enorme bonete, resultaba tan boba como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina de la enjalma. ¡Aquel cuero contenía una arroba! Largo hilito de baya descendía hasta el suelo desbordando dulzuras. El sabor iba al cielo como incienso invisible, como incienso malsano ofrecido a la gloria de algún dios campechano. Frai Alfonso olfateaba con mirada simplona la rosada frescura de esa baya... El labriego brindó un sorbo al hermano. Resultaba dulzona... Pero ¡qué! los gaznates son propicios al riego,

y aquel líquido alegre, de sabor nunca visto,
lo hallaría gracioso de sabor, hasta Cristo!
—No es, hermano, limosna, la que os trae un hermano,
recordó con devoto sonsonete el aldeano:
es la grave noticia que en Los Ande hai sabío,
es la grave noticia que hai colgao al avío
para dir a Santiago... ¿Sabe, hermano? Roidrigue
pasó ayer como un viento por Los Ande... Le sigue
un alfeire del Cuarto...

—Dios le guie, mi hermano...

Los caminos son malos en la cuesta; en el llano
se amontonan herejes; hai escenas salvajes
de viajeros colgados a los altos ramajes
de los bosques; se sabe que por odio a los reyes,
se asesina, se incendian las carretas andinas,
para asar en las llamas los opíparos bueyes
de las chacras vecinas.

Frai Alfonso temblaba; la palabra ferviente
recorría un comienzo de oracion. Lentamente
repartía el labriego maldiciones... La bota
del labriego franqueaba los groseros avios
de la mula pacífica. (Otra gota, otra gota,
no seria pecado. Tales gotas dan brios
a los ánimos tristes...) Esa turba patriota
era sólo una turba de malvados impíos,
era sólo una turba de soldados feroces
que atronaban los campos con patrióticas voces
y rabiosos discursos. Desde há mucho los buenos
campesinos decaen; sus graneros de trigo
ya no están, como en tiempos olvidados, rellenos
de cosechas; los diezmos que ántes eran conmigo,
enflaquecen ahora... y al decir no hai engaño,
que los padres ayunan doce meses al año...

Ah, esos pícaros que hablan a los pueblos de cosas
que los pueblos no entienden, de caer han un día;
se la estaban jugando con palabras hermosas
a los reyes de España y a la Virgen María.

La morriña del néctar convidaba al descanso...
Frai Alfonso bajóse. Cerca habia un remanso
de apacible frescura;
la morriña del néctar, no sé qué de ternura
impregnaba en las cosas de los campos agrestes,
se adhería a las plantas, empapaba el ramaje,
los parleros arroyos, los espacios celestes
y el solemne mutismo del tranquilo paisaje...
Y a la sombra de un árbol copetudo charlaron...
Y como era graciosa la cabeza de un fiambre
que rompía las árguenas, de improviso acordaron
engullirlo... ¡Qué diablos! No era justo hacer hambre!
Esos malos patriotas no valían un sorbo
de esta baya dulzona... (Discurría el labriego).
La tal bota con baya resultaba un estorbo,
contemplándola...—Hermano, si la echásemos luego
por las vías resacas del gazonete ¿sería
grave falta? (El labriego la frescura ofrecía
de la pícara andina).

Sí, mi hermano. Roidríguez
pasó ayer como un viento por Los Andes; le sigue
un alfeire del Cuarto con cien mas talaveras.
Icen toos que y'andan por ahí montoneras,
que han entrado a la casa de don Pórfido Urriola,
que a las niñas mas mozas del patron han robado,
que han robado la caja, la bandera española
y una imagen de plata del Señor Crucifijo...

(Era la hora de siesta, cuando viene la huraña
sensación del bochorno, y en la tarde encendida,
sobre el campo salvaje, sobre la hosca montaña,
con inmensos letargos explosiona la vida).
Frai Alfonso no oía bajo el agrio bochorno...
La quietud campesina deslizábase en torno
de su ensueño. La siesta le traía un letargo
cansador; la morriña le sumía en el largo
descansar de la vida; la quietud del bosque,
la piedad del riachuelo que empezaba un viaje,
la tristeza lejana de las cumbres, el ronco
rumoreo del río, la gramínea brava,
la silueta inmutable del hierático tronco
que en mitad del desmonte sabiamente pensaba...
todo ansiaba reposo. Frai Alfonso veía
panoramas en sueños... Ya la Virgen María
que pasaba por campos, por senderos y chozas,
recojiendo las dádivas de las jentes piadosas,
recojiendo primicias que el abad franciscano
recibía sonriendo... Ya era el pícaro aldeano
que escapaba en la mula y a los campos huía
con la santa persona de la Virgen María,
con los pollos que daban en las chacras cercanas,
con las frutas pomposas, las lechugas lozanas
que brindaba la hacienda de don Pórfido Urriola,
con las tortas robustas, invisibles de vaho,
con la caja de fondos, la bandera española
y la imájen de plata del Señor Crucijao...
Ya era el pícaro aldeano cuya cara ladina,
bajo el amplio bonete, resultaba tan boba
como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina
del apero. Aquel cuero contenía una arroba.
Le ofrecía una bota de la pícara baya,
y otra mas... A la postre se embutía en la saya

para hurtar su apariencia de católico hermano,
para hurtar el prestigio del sayal franciscano,
para hurtar el prestigio de la vieja alcancía
con la mística imájen de una Virgen María,
para hacer batallones, levantar montoneras,
escapar con las mozas, degollar talaveras...

Frai Alfonso dormía...

Por el monte lejano
revolaban los pliegues del sayal franciscano...
y aquel guapo Rodríguez que rumiaba un responso:
¡Que le vaya bonito con el prior, frai Alfonso!
(En la cumbre, un devoto de la Virgen María
saludóle. El saludo del devoto era austero;
bajo el amplio sombrero del hermano reía
la cazorra mirada del audaz montonero).
Alcanzaba la cuesta...

Las montañas mostraban los selváticos flancos
apretados de flores, cual si hubiera una fiesta
de color en la flora de los verdes barrancos;
los manzanos abrian las escuálidas ramas;
parloteaban las fuentes, despedía el sol llamas;
las vertientes cantaban con recónditos brios
y aprestaban sus mozos los agrestes bohíos
para el paso glorioso de aquel rústico hermano,
que si bien era hermano, no era tal franciscano;
que llevaba a los pobres la esperanza, que habia
conquistado la imájen de la Virgen María,
la alcancía sonora, la pacífica mula
y una presa bucólica que hartaría la gula
de un convento; que habia conquistado la saya
con la grata dulzura de esa opípara baya,

y que enviaba a los pueblos la esperanza bendita
de ser libres un día, de asistir a la cita
con la edad venidera, recorriendo el atajo
que conduce, entre músicas de besos y de arrullos,
a la gloria fecunda de entregar al trabajo
la energía fecunda que le brindan los suyos.



PERGAMINO CLÁSICO

(Introducción de un libro moderno).

DE frac y guante blanco, con paje y escudero,
a la moderna justa penetra el leal doncel;
las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan dél.

Su feudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violin de plata ensaya el madrigal.

Cuando las odas cantan, la selva se atolondra,
el ríjido soneto deslie su opinion;
la silva dice ufana: soi prima de la alondra,
el sonetín se cree pariente del gorrion.

Vicente de Medina llega al pronto. El adulo
de los baturros cae, y hai un grito triunfal;
la alegre redondilla conversa con un chulo
con quien está de novia de tiempo inmemorial.

Los otros metros charlan. El grave alejandrino
con su violon ensaya; se burla el sonetín;
rasca un violin pequeño; su canto es anodino;
catorce cuerdas de oro se ven en el violin.

El profesor de epístolas, que dice ser itálico,
conversa de retórica; le escucha un viejo abad,
y envuelto en roja saya un monje tripentálico
su triángulo de cobre repica sin piedad.

Y en el jardín que pueblan los nardos y esperanzas
y en donde el lirio charla con el gentil rondel,
Daudet narra unos cuentos de ensueños y romanzas,
en tanto la Academia masculla: Ah! l'Immortel!...

Mas, Lamartine solloza: Lamartine ya no fia
del siglo; Huysmans llama, suplica confesion,
y en un rincon oscuro la pálida elejía
en un breviario viejo descifra una oracion.

¡Silencio! Un manco ajita la augusta campanilla
para contar la historia de un loco y un burgues:
la testa que se ofusca, la grasa que le humilla;
Quijote, Sancho Panza, lo que es y lo que no es.

Y en pos, Lope de Vega maneja una automática
de complicados tubos y colosal presion,
y salta una comedia, y una oda problemática,
y una tirada en verso que pasa de millon.

En tanto allá conversan los clásicos romances,
conversan sobre Góngora, de gafas y de frac,
y se habla de Quevedo, de sus nocturnos lances,
mientras un reloj viejo masculla su tic-tac.

Y el poeta lanza al aire su verso vocinglero...
¿Qué mas? su verso es jóven (es verso de un doncel).
Las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas baten palmas, las aves charlan dél.

PANCHO Y TOMAS

PANCHO, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás,
serán hombrecitos luego:
Pancho será peon del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algun llano sin dintel;

O montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

Son ya mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡no hai bestia, por terca y nueva,
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patron;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturon.

¡Ah, qué cosas las de Pancho
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alboroz a el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patron;
como él nervioso y activo,
jesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de lei;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero, ni es tuno,
pero es fuerte como un buei.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:
tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡Todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas,
ama el rancho, la mujer...
A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz:
Pancho ondea a los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maiz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intencion;
su frase robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversion.

Tomás, bonachon, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de imprevisto
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho, abrupto, monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchon de maiz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro pais.

Otro pais en que hai reyes
bondadosos y en que hai bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro tambien.

Y en que no hai mejillas flacas
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas
en eterna floracion.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al traves.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

Y pasa un dia, otro dia,
una semana y un mes;
pasa un tiempo de alegría.
otro de melancolía
y otra alegría despues.

Y pasa un año y otro año,
otro año mas, y otro mas...
Pancho siempre alegre, extraño,
el viejo hablando de antaño,
y oyendo absorto Tomás.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buei;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grei,

Como si eterno desdoro
le hiciera por siempre andar
en busca de algo incoloro:
una hembra, un potrero de oro
que viera en sueños pasar...

La tierra es siempre robusta;
el amo es siempre señor
bajo la herencia vetusta:
siempre el peon bajo la fusta,
la oveja bajo el pastor.

Pancho ha crecido en la brega
como un potro, brusco, audaz;
Tomás el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haría capataz).

Tomás es padre. Un año hace
que Teodora es su mujer:
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderin que pace...
¡Todo un ensueño de ayer!

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre y mordaz;
gusta el licor y el cigarro...
(¡Y hasta haría un despilfarro
por la mujer de Tomás!)

Porque ésta, que es moza guapa,
revoltosa y de intencion,
a todo el mundo se atrapa;
y de sus ojos se escapa
algo como una cancion.

Y por eso Pancho ronda
su rancho al anocheecer;
y cuando ella va a la fonda,
Pancho convida a una ronda
por Tomás y su mujer.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
El es mozo y ella es mas:
los dos se tienden el ganchito...
No hai en la comarca un rancho
como el rancho de Tomás!

Y mientras Tomás trabaja,
Pancho llega. Y si ella ve,
vuelve el caballo, lo ataja
y hace cantar la rodaja
en la espuela de plaqué.

¡Qué garbo! El mozo es bravío,
rubio como es el patron;
sus ojos destellan brio,
ama el poncho, el atavío
y usa corvo al cinturón.

Y su ademan que perturba
y sus ojazos de curva,
noble, su porte, su tez,
son bellos. Su frase turba...
¡Vaya un muchachón cortes!

No es humilde su aparejo,
no es rústica su espresión,
ni es campesino el gracejo
con que se burla del viejo,
serio, brusco y socarrón.

Y como es igual al amo,
todos preguntan por qué...
¡Decid al leño, al retamo,
de dónde ha venido el gamo
de alto cuerno y ágil pié!

El mozo entra... Afuera hai ruidos
tristones. Canta un gorrion
e imperceptibles tañidos
hablan de insectos perdidos
como ecos de una cancion.

Los jilgueros revoltosos
y hasta un errabundo tríl,
cantan versos olorosos
en los troncos achacosos
o en la viña juvenil.

Allá léjos, los ganados
guia un muchacho pastor
por los potreros hastiados...
Los bosques ensimismados
beben con ansia el calor.

Y un riachuelo clandestino
se queja... Allá una perdiz...
Y léjos hai un espino
y un jilguero campesino
que se oculta en el maiz.

¡Pobre Tomás! Pancho toma
fruta de ajena heredad.
Pobre! En la vecina loma
se ha perdido una paloma...
¡Aves del bosque, llorad!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñon,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peon!

La labranza ni el sosiego
nunca, nunca volverán...
ni sus noches de labriego,
ni su mesa junto al fuego,
ni sus charlas junto al pan.

Todo se irá. La faena,
el rancho, la ágil mujer...
Labriegos de faz morena,
¡llorad, llorad por la pena
de Tomás y su querer!

¡Nunca el agua que se estanca
junto al rancho del peñon,
borboteará en la barranca
que vió pan y leche blanca
en la mesa del peon!

Y pasa un día, otro día,
otra semana y un mes...
La noche impasible y fría
deja su melancolía
sobre los campos en mies.

Y pasa un año y otro año;
otro año mas y otro mas
hallan al peon siempre huraño...
El viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

La tierra es siempre fecunda,
duro el amo, manso el buei;
su testa meditabunda
se hunde en la huella profunda
del pastor y de su grei,

Como si olfateara el paso
de aquel alegre peon,
de aquel mozo, de aquel huaso
que usaba en la bestia el lazo
y un puñal al cinturon.

¿Dónde está? Cuatro años idos...
La guerra... Morir, matar...
Una tarde los bandidos,
de kepí y dorman vestidos,
asolaron el lugar.

Pancho se fué. Los sarjentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos
repetian los lamentos
de las madres. ¡A morir!

¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.

Y los hombres que peleamos
de ésta y otra patria, son
todos víctimas con amos...
Somos pobres. Nos amamos,
y peleamos en la accion.

...Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué peon del riego
ni su hermano capataz.

Pancho es un hombre aun guapo
y hace vida de cuartel:
ama el dorman y el guiñapo;
en Tacna sostuvo el trapo
y salvó a su coronel!

Es un sarjento aguerrido
y usa sable al cinturon.
El buen Tomás ha caído:
torvo, enjuto y carcomido
ha caído en la inaccion.

Y pasa un año y otro año,
otro año mas y otro mas...
Tomás vive solo, huraño;
el viejo no habla de antaño
porque ha tiempo duerme en paz.

Duerme... la tierra le oculta...
Duerme Teodora... ¡Dormid!
Dormid que el tiempo os sepulta!
Jente pobre, vieja, inculta,
mejor es morir... Morid!

La noche, la sombra, el frio,
la torrentera, el peñon
donde envejece el bohío...
la queja eterna del rio,
la montaña en oracion,

Todo le habla! Tomás llora...
Junto a la vieja heredad,
la casa en que el amo mora
se alza. Su provocadora
techumbre suda crueldad!...

Las ruinas de hoscas tapias
se enfantasman... Un torreón
canta diez golpes iguales:
los profundos matorrales
prestan extraña atención...

Duerme el viejo... ¡También ella!
Ella, el hijo, su niñez;
Tomás llora. Allá una estrella...
¿Cuándo hallar la dicha aquella?
El viento sopla: después...



LA PRIMERA LLUVIA

BIENVENIDO, padre Otoño. Tu alma puebla
las viviendas donde el viejo hastío efluvia;
tu tristeza es una hermana de la niebla,
mi tristeza es una hermana de la lluvia.

La tristeza amarillenta de las hojas
da en las copas leves toques de agonía
y fallecen sin dolor las tintas rojas,
como enfermas de incurable poesía.

Ahí, al frente, las ventanas a la lluvia
abren poco a poco lívidas persianas:
sale un viejo, sale en pos una alba rubia
que contempla con tristeza otras ventanas...

Y los niños pasan tristes a la escuela,
embutidos en sus negros capuchones,
mientras lejos vése a ratos una abuela
que, en su cuarto, hace calcetas y canciones.

Mientras grave la parroquia de la villa,
que a lo triste del paisaje su alma aúna,
de la vía ferroviaria por la orilla
vierte tristes campanadas, una a una...

Y en la quinta que se encara al mar airado,
se ve a un jóven que medita largamente;
se ve el rostro prematuramente ajado,
se leen quejas ¡las de todos! en la frente.

No es mi amigo (lo es ahora ante la lluvia),
sé que llora la partida de una anciana;
sé que es suya la gloriosa testa rubia
del mozuelo que retoza en la ventana.

Sé que sufre su mujer hondo desvelo,
que la muerte de esa anciana le ha rozado,
que, impotente para hallarle algun consuelo,
envejece ante el dolor de su adorado.

Sé que el pueblo, sé que el aire de la villa
le corroen, le anestesian, le amortajan,
que se arrastran los recuerdos a la orilla
de la playa, que las brumas le desgajan...

—¿Qué recuerda, padre mio? ¿Qué recorre?
le pregunta la gloriosa testa rubia.
—¡Nada! Es sólo el lloriqueo de la torre...
Las campanas... Es el tiempo; es esta lluvia...

Las colinas se arrebujan de azulejas
nieblas vagas. De los álamos escuetos
caen hojas amarillas, caen quejas,
cae el tedio de los pájaros inquietos.

Y descienden los recuerdos mas sombríos,
los monólogos tristonos, la nubada,
las miserias melancólicas, los frios,
las ternuras de una época pasada.

...¡Ah, la lluvia! Cae el agua, cae en tierra
y la tierra la devora cuando cae.
Ella todo se lo traga... ¡Santa tierra
que se lleva todo, igual que todo trae!

Falta todo aquí. En los días de la lluvia
la anticuada chimenea se encendía
y al calor de ella la hermosa testa rubia
en las faldas de la abuela se dormía.

Falta aquella buena anciana, falta aquella
buena vieja que en la noche conversaba,
conversaba sobre mí con una estrella
que, según ella decía, nos miraba.

Charlas que eran de seguro muy sombrías,
que serían de fatídicos agüeros,
pues que ajaron sus maternas alegrías,
desalaron mis ensueños más lijeros.

Recordaba las guerrillas con los godos,
las penurias de los tiempos coloniales,
los feroces artilleros que iban todos
sin zapatos, pero todos con puñales.

Y contábase el cuentucho picaresco
del corneta de roída casaquilla
que vestía las sotanas de un mochuelo
para oír la confesión de una chiquilla...

O aquel caso de la historia, el de un hermano
que Rodríguez desnudara sagazmente,
para entrarse como un gordo franciscano
al despacho del injenuo Presidente...

¡Tanto tiempo, de esos días! Las callejas
de mi barrio melancólicas se abrían;
se morían de vejez las casas viejas
y los viejos moradores se morían.

Sólo el noble Austin, sus viejas estaquillas
en la esquina golpeteaba diariamente
y sus rezos a muchachos y chiquillas
enseñaba santamente, santamente...

¡Yo recuerdo aun la escuela! Sus lecciones:
la captura de Atahualpa por Pizarro,
los indíjenas en bárbaras lecciones
que cantaban adelante de su carro.

¡Y las lluvias! Aun recuerdo las acequias,
los navíos de papel que iban lijeros,
los naufragios, las ridículas exequias
que se hacían por soñados marineros...

(¡Tanto tiempo!—Mi chiquillo, mi regalo.
¿Tienes frío? ¿Te has mojado, nene mío?
Su mirada era tan buena ¡Y él tan malo!
...Santa madre, tengo frío, tengo frío...)

Tengo frío, buena vieja... ¿Dónde te hallas?
No me basta la inocente compañera...
Le hacen falta tus añosas antiguallas
a esta ajada, miserable primavera.

Este frío que desgarrar... Yo ocultara
no sé dónde mi tristeza... ¿Callaría?
Si pudiera aun llorarla, la llorara,
hora a hora, noche a noche, día a día.

Y esta calle... ¡Qué miseria va por ella!
Allá el carro de cansados caballos;
acá el sucio vendedor o la doncella.
Los hogares que se atristan, allá lejos...

Una vieja con paraguas se ha cojido
los vestidos junto al charco de agua mustia,
paso a paso, con el cuerpo entumecido,
por las calles, bajo el peso de su angustia.

Pasan perros vagabundos de ojos zarcos,
pasan otros de terrífica belleza
y contéplanse las greñas en los charcos,
asombrados de su escuálida pobreza.

¡Ah, qué vida! De pensarla me da frío.
¡Y la suerte! Y esta vida bien malvada!...
¿Vivo? Sufro... Mas, no quiero el fin, Dios mío!
¡Ah qué vida tan odiosa y tan amada!

Resarcirse, dice alguno... ¡Si supieran
que aquí todo se marchita: besos, flores!
Si a este niño y a esa santa mujer vieran
que malgastan en mi pena sus amores.

¡Ah, este frío!... Me ha calado..., me ha aterido.
Esta niebla desmorona los mirajes.
Esta lluvia friolenta ya ha entumido
los afectos, los ensueños, los paisajes...

...Así el mozo reflexiona. La inocente
compañera de su vida se ha acercado;
mas, en pos de contemplarla tristemente,
la repudia melancólico, cansado.

Padre mio, viejo mio, dice entonces
el muchacho. ¡No entristezcas! Es la hora...
Es la rara pesadumbre de los bronces
la que enferma tu mirada, la que llora!

Y habla. Sueña algo que es vago, semi-oscuro...
Y es que en él surge una fuerza de hombre sano,
que ya dice: Sonriamos al futuro.
Anda, viejo... Yo te llevo de la mano.



DE VUELTA DE LA PAMPA

En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;
aquí, allá, prende una guía
o repercute un disparo.

Ya no hai carros en la rampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.

O pasa el peon hacia abajo
acariciando el orgullo
que naciera junto al rajo:
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.

Ya la bocina no exhala
silbos, ni hai brazos suspensos
sobre combo, cuña o pala.
Inmensa paz tiende el ala
sobre los llanos inmensos...

Ya se han ido los muchachos
del convoi... Los han seguido
los robustos dicarachos,
las barretas, los capachos,
las carretas... Ya se han ido.

Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa: cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.

Y en la apacible alegría
de este crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo.

Mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama;
él será en partir primero:
irán con él su dinero,
su brazo fuerte, su fama.

¡Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio:
la pampa era el sacrificio
y era también la victoria.

Quiso poner a la vida
ojo de águila, de buitre;
quiso arrancar su guarida
del campo a la enardecida
pampa que esconde el salitre.

Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...

Quiso luchar con la tierra
aunque ladrara la envidia;
como quien todo destierra
hasta a la huelga hizo guerra:
la huelga era la desidia...

Y así pasaron cinco años
de arrancar tierra y salitre.
No aceptó amigos de extraños:
sus ojos por siempre huraños,
fueron de águila, de buitres...

Cinco años sobre la rampa
salitrosa, en la batea
donde el agua vieja estampa
huellas agrias, o en la pampa
que calcina, que flamea...

Cinco años ya, paso a paso...
Gruña, Cataluña, Palma...
Pernoclas a campo raso
y la fatiga en el brazo
y la fatiga en el alma...

...Ahora volverá. El costurero
cuyo rostro el sol demacra
vuelve, y con él su dinero,
casi como un caballero
próximo a patron de chacra.

Hoy ya es el último día
de labor por estos llanos:
lo esperan allá, la guía
del parron, la algarabía
de los domingos aldeanos.

Cuando van los campesinos
jinetes a la parroquia,
cuando el órgano argentino
noblemente su divino
misticismo soliloquia...

Volverá al huerto, al torrente,
al viñedo, a la montaña
donde el tronco omnipotente
desenrosca gravemente
la indefinible maraña.

Allá espera la mas cuca
de las chicas, la mas bella;
le espera el campo, la ruca,
la pintoresca tierruca
donde jugaba con ella...

Allí donde la alegría
del trabajo nunca muere,
él comprará su alquería;
en pos vendrá la que un día
será suya, si Dios quiere.

Tendrán sus cachorros sanos:
crecerán a campo lleno.
—Membrudos, sobrios, baqueanos,
sabrán fecundar mis llanos
y abocar a un potro el freno.

Para ser padres un día,
para estender mi labranza
como se estiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.

Para honrar la tierra amable
con vida fecunda, tersa;
para estirpar lo execrable
con el lema irrevocable:
«Por la razon o la fuerza».

Y ser grandes cual los rios;
tercos, altos como robles;
como la nevada frios;
como los potros bravíos,
como la montaña nobles.

...Así aumentará esta raza
de los rústicos Ureta,
cuyo padre, a pampa rasa,
logró fortuna no escasa
de su brazo y su barreta.

Que en cinco años de servicio
desde Puntunchara a Noria,
puso el hombro al sacrificio;
era un hombre: venció al vicio
y hoi es suya la victoria.



INJENUA

EL profesor a Juan, en jeometría,
definame la curva, dijo un día,
y el pobre Juan le respondió sereno:
línea que la mujer tiene en el seno.



BALADA

SURJE un rayo de luna
y delicada luz deja en su trenza.
¿Quién es esa mujer que piensa? Es una
madre que piensa...

Siento deseos de llorar. Alguna
lágrima asoma; y en la noche inmensa
alguien me dice: ¿Qué te obsedia? Una
madre que piensa.

Un niño, un beso sobre la alba trenza,
un canto que de léjos llega, alguna
luz que condensa
canto lejano, misteriosa luna.

Y un parron viejo, cuya fronda densa
deja pasar a Dios que llega en una
ansia de comprender esa alma inmensa
que hai en la luna...



INJENUA

EL profesor a Juan, en jeometría,
defíneme la curva, dijo un día,
y el pobre Juan le respondió sereno:
línea que la mujer tiene en el seno.



BALADA

SURJE un rayo de luna
y delicada luz deja en su trenza.
¿Quién es esa mujer que piensa? Es una
madre que piensa...

Siento deseos de llorar. Alguna
lágrima asoma; y en la noche inmensa
alguien me dice: ¿Qué te obsedia? Una
madre que piensa.

Un niño, un beso sobre la alba trenza,
un canto que de léjos llega, alguna
luz que condensa
canto lejano, misteriosa luna.

Y un parron viejo, cuya fronda densa
deja pasar a Dios que llega en una
ansia de comprender esa alma inmensa
que hai en la luna...



SAN IGNACIO, POETA Y CONFESOR

SAN Ignacio de Loyola, con su fama laudatoria,
no ha querido ni otro santo de su nombre, ni otra gloria,
y aureolada de leyendas su jesuítica aureola,
vaga sola por el mundo. ¡San Ignacio de Loyola!

Pero orgullos celestiales por orgullo nada valen,
y hoi he oído claramente: *San Ignacio Pérez Kallens*,
entre el claro canturreo de unos místicos raudales
que hace siglos en el monte rezan cosas celestiales.

San Ignacio, padre excelso, protector de la azucena,
fué en el mundo el visionario de la luz Leonardo Pena;
las hormigas microscópicas dél dijeron todas que era
una alondra inverosímil, una cosa majadera.

Pero arriba, donde tales insectillos nunca salen,
claramente se oye al alba: San Ignacio Pérez Kallens!
y la voz que ruega es clara como un roce de cristales,
voz de riacho que desciende por los agrios peñascales.

San Ignacio Pérez Kallens dice misa a una hora bella:
por la tarde melancólica él comulga alguna estrella
que contiene el cuerpo y sangre de eucarística pureza
del beatísimo Universo, de la gran Naturaleza.

El confiesa bajo un árbol, y ahí al sol, al agua, al viento,
se confiesan árbol y agua con igual recojimiento.
¡Cuántas culpas! Hai riachuelo que es la imájen de lo bueno
y que oculta allá en el fondo mucho cieno, mucho cieno...

Alma Chilena

¡Ah, qué cosas no ha sabido! La volúbil mariposa
que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa,
los remansos perezosos que descansan desde antaño
con escándalo de todos... ¡No es vida ésa la de hogaño!
¡Ai, qué cosas, Dios eterno! Si hasta el rayo de la luna
ya se ha dado un beso casto con la apática laguna.

Las ortigas y los cardos, que hacen chismes y urden tramas
y que gastan burdos chistes en punzantes epigramas,
los lagartos inactivos, bebedores de sol acre,
las arañas agoreras que sólo hablan de masacre,
el arroyo que murmura sordamente, con la pausa
que le es propia ¡todo el año! sin haber motivo o causa...

Para qué hablo de los ecos, de los ruidos y murmurios,
cazadores de misterios, de tristezas y de augurios!
Rondadores oficiosos que hasta ruegos han traído
de las razas ya difuntas, de los hombres que se han ido;
de esas almas sin amparo a que rezan las abuelas,
que hoy recuerdan dos caminos, una cruz y cuatro velas,
y mas que otros de esos cuatro que murieron en el banco,
cuatro meses después de eso, del salteo en Tabolanco,
del ultraje a aquellas pobres que darán a luz mañana
pobres hijos del espanto con la horrible bestia humana...

¡Y las grandes cordilleras de los Andes! Profanaron
el otoño y el invierno. ¡Cuántos hombres no tragarón
el horror de sus abismos, el horror de sus barrancos!
¡Y tan puros y tan albos y tan hondos y tan blancos!

San Ignacio, que bien sabe somos cieno, barro, polvo,
da a esta turba pecadora su divino *Ego te absolvo*.
¡Qué le haceis! Los ama a todos: al buen árbol achacoso
porque es viejo venerable, y aun al viento porque es mozo!

San Ignacio es la esperanza de la fuerte raza nueva,
pues perdón, estigma y alma su tranquila frente lleva;
es hermano de los tristes que atraviesan la existencia
y es hermano de los fuertes... San Ignacio es la indulgencia.

¡San Ignacio, San Ignacio, visionario del espacio,
vagabundo de la sombra, monje inmenso, San Ignacio!
Ruega al trueno, pide al rayo, si ellos fuesen dioses, amos,
por nosotros que sentimos, por nosotros que soñamos!

San Ignacio, visionario de antes y hoi, Leonardo Pena,
ruega a Dios por todos: ruega por la pálida azucena;
por los débiles, las aves; ruega a Dios por las violetas
y aun mas que por las aves, ruega a Dios por los poetas.

Ruega cuando mas te escuchen las montañas ateridas,
canta tu himno, que a él despiertan aun las águilas dormidas,
y en el éxtasis, ya cuando te bendigan y bendigas,
ruega a Dios por esas pobres, las flemáticas hormigas...



POSTAL

A Elvirita Rocuant.

Es el amor la gloria de la vida,
la virtud del amor es el candor;
virtud hai en el alma del que anida
ilusiones de amor:
reten entonces en tu edad florida,
alma, virtudes, ilusion y amor.



JEÓRJICA

Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buei, acá un borrego.
Seré bueno: hecho un labriego,
habrá en mi hogar niños, niñas,
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.



EDAD

Años tenía pocos, mas tenía esperanzas
que soñaban, reían y cantaban romanzas;
hoi no tengo esperanzas, mas tengo muchos años
que lloran cosas idas, que cantan desengaños.

Y así he visto que pocas esperanzas detienen
su marcha en esta eterna marcha y que se van lejos:
se van las esperanzas cuando los años vienen...
¿Por qué? Esperanzas mozas no gustan de años viejos.



ALMA CHILENA

LA inmensa ciudad, el puerto
el que echa hombres, trigo, granza
a la Europa o al desierto,
la inmensa ciudad, el puerto
descansa.

Descansa su mar, su informe
movimiento, sus herrajes,
su humo, su alcohol, su enorme
carne, su alma multiforme,
sus músculos, sus blindajes.

Sus lancheros de ágil ojo,
su alba miss que es un querube,
los príncipes del despojo
y el romántico archiflojo
que con su hambre hasta Dios sube.

Descansa. Y en los opacos
focos de luz se acentúa;
surjen ladrones, bellacos,
y es junto a rumas y sacos
fantasma enorme la grúa.

Fantasma que alza la testa
de acero, junto a la carga,
y que parece ahí, enhiesta,
tener una idea puesta,
negra y honda, sabia y larga.

Viento sordo va y se asombra
ante los sueños de un faro
y en pos de algo que se escombra
vaga embozado en la sombra
como un noctámbulo raro.

Para merodear en torno
de dos barcos alemanes
que han sufrido ágrío bochorno
buscando por Cabo de Horno
el canal de Magallanes.

Descansa la ciudad... Brilla
la luz eléctrica, mana
tristeza, llora en la orilla;
en lo alto de una capilla
se lamenta una campana...

Y ensimismado, indolente,
próximo a acabar el turno,
estúpido, indiferente,
piensa en todo vagamente,
el pobre guardian nocturno.

La inmensa ciudad condensa
su vida, ahonda en sí misma
y bajo la noche inmensa
se reconcentra, comienza
a meditar y se abisma.

Todo calla, todo calla...
Sólo desde el mar, del dique
llega un resplandor de hornalla
y redobla la metralla
del martillo junto al pique.

Y vense chispas de fragua
sobre la curva de un dómbo,
y en un barcazo, el «Oyagua»,
se asusta y se crispa el agua
por los golpazos del combo.

Son los trabajos del dique...
Es el formidable cántico,
el clarinazo, el repique
del martillo junto al pique
en que se halla el trasatlántico.

Son los maestros de fragua,
mecánicos que, aptos, sobre
la hosca herida del «Oyagua»
retan frío, fuego y agua
con sus músculos de cobre.

Son los rotos de alto rango.
¿Son de dónde? Nadie sabe:
uno recuerda que en Tango
hundió el cuchillo hasta el mango
por cierto asuntillo grave...

Ahí está el «nariz de luma»
que hoi es tiemple de la Ulalia.
(¿Y este rubiote que fuma?
Fué el hijo de un bichicuma
que importaron de la Australia.)

Y el maipino Juan María,
Juan José, Pancho Cabrera,
huasos que fueron un día,
hoi ya en la secretaría
de un Centro de Union Obrera.

Y Austin, un viejo que encanta,
padre de siete gandules,
que como eran de «emigranta»
fueron de mirada santa
y ojos hondamente azules.

Y Sancho, un hombron que alienta
carne y que en carne desborda
y de quien alguno cuenta
que hace sudar «al de treinta» (1)
y aun engorda.

John Pencil, pintor mestizo
que traza siempre en el dique,
siempre un cuadro: un mar cobrizo,
dos barcos, Prat en Iquique,
inaudito, hosco, macizo.

Y el negro Lucho Orellana,
bufon de la alegre tropa,
que con un «congrío» que gana
mantiene madre y hermana
y aun le queda «pa la copa».

Todos temple de machete.
Cada uno un buen muchacho
con el buen humor de siete,
que arroja como un cohete
la pulla o el diccharacho.

Que rie con alborozo
que atruena martillo y fragua,
como ahora ante el sabroso
poema de risa y gozo
que alguien contó en el «Oyagua».

Yo he traído ahora el caso
porque lo oí a un viejo cuque (²)
de este célebre barcazo;
después me lo contó un huaso
que en Corral trepó a este buque.

El caso es que en él venía
un vasco de alma canora;
venía a Chile; pondría
gran taller ¡en compañía!
¿De quién?—«Pues, de la zeñora»...

Hablaba de un «tallerazo»
con canto ampuloso, eterno.
—¿Capital poco, amigazo?
—¡Corchos! ¡Qué ha de ser escaso
si es capital del Gobierno!

Hablaba de echar aviso,
de recojer carga y jente.
—En conforme tierra piso,
entro ya en Valparaíso
y me busco al Presiente.

Su mujer, que ya traía,
sus niños tendrían casa.
¡De pensar esto, reía!
El agente allá decía
que esta tierra era «buenaza».

El buen vasco de esta historia
bajó a tierra en Punta Arenas:
—¡Que voi y vuelvo, Gregoria!
Y en pos un grito de gloria:
¡a ver las tierras chilenas!

Ya no las vió mas. ¡Maldita
testa! Despues de la copa
regresó, tomó el «Orita»
que se iba, ¡cosa inaudita!
hoi el vasco vuelve a Europa.

¡Santo Dios! Potente, cara,
como un toque de rebato;
cristalina, alegre, clara
como jamas resonara,
la risa acojió el relato.

Una carcajada impía
de ondas claramente bellas,
que robusta, alta, bravía,
se estendió por la bahía
y ascendió hasta las estrellas...

—¡Ai! Pa mí ese vasco «indino»
vino... a enviudar.—Yo a este chasco
le hallo gusto a caldo y vino...
¡Oye eh! ¿Piensas que este vasco
es primo de Bertoldino?

Y un hombre de cara larga,
famoso por lengua suelta,
secreteó esta pulla amarga:
—Un viaje de retrocarga!
¡Emigracion de ida y vuelta!

Reíase con estruendo,
como rien los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollon que corriendo
va en los rios colchagüinos...

Como un mozo tardo al lloro
que un amorío recuerde
o a un chascarro haga coro;
como rie un campo verde
cuando del sol le cae oro...

Con la alegría que ofrenda
el blanco de los pehuales
o el poncho que huele a hacienda;
con la alegría estupenda
de los bailes nacionales.

Como el mozo que galopa
y a la novia en los aldeanos
deslindes cantando topa;
como el tril en la alta copa
de los coihues araucanos.

Con esa potencia augusta
que boca y ánimo llena
y donde a saltos se ajusta
la espontaneidad robusta
de la alegría chilena.

Alegría que es ensueño,
olor de campo, batida
de tambor, grito zahareño,
carga, combate tacneño,
sol, carne, esplosion de vida.

Se reia... Mas de pronto,
Pancho interrumpió el trabajo:
¿Y la mujer? Era tonto
reir. La pobre era el monto
de esa risa tan de abajo...

...¿Y la mujer? ¿No han sabido?
¡Pobre! Llegó en el «Oyagua».
Sus muchachos han salido
a mendigar... Nadie ha oído,
y hoy mueren aquí a pan y agua.

Duerme ahí o acá. No es raro
que la de anoche la «melle»:
se entregó a Dios, a su amparo,
con sus niños, bajo el faro,
acurrucada en el muelle.

Y al alba, Juan Cejijunto
que husmeaba unos guardas idos,
desde lejos la vió al punto:
rezaba a sollozos junto
a sus chicuelos dormidos.

No posee sino andrajos
y las marcas de una histeria
que brotó de agrios trabajos,
ni mas bien que sus zancajos,
su vejez y su miseria.

Anda ahí entre los barullos
del donke; las barcarolas
lejanas le hacen arrullos,
los nostálgicos murmullos
de las vagabundas olas...

Y arrastra ahí, paso a paso,
por la hosca playa chilena,
un dialecto oscuro, craso,
que ni por doliente acaso
mueve a penas.

Condenada a la ironía
de revelar sus sollozos
al que pasó por la vía,
con sus ojuelos llorosos
que sudan melancolía.

Así muere, si aun existe,
la misérrima española;
así a su agonía asiste,
miserablemente triste,
miserablemente sola.

Hundida en la malquerencia
del orgullo, del decoro
que aguza brazo y potencia
en la enorme indiferencia
de un puerto que afiebra el oro.

¡Ah, ese pingajo parduzco
que hambre y dolor sólo apura,
y a quien con ímpetu brusco
arroja como un pedruzco
la mano de la aventura!

¡Ah, ese esqueleto beodo
de mujer! Ah, de ese modo
con que mira esa hambreada,
para quien todos son nada
para quien la nada es todo...

Todo adhiere al bajo suelo;
sólo alza siniestro vuelo
la indiferencia sin nombre
que implorar nos hace al cielo:
¡Dios mío! ¿dónde está el hombre?

Callaban todos. Soñaba
el mar; dejando su estela
melancólico llegaba
el alerta que lloraba
un lejano centinela.

Callaban todos. El viejo
bajaba la venerable
barba con cansado dejo;
en cada hombrote o truhanejo
hubo un jesto lamentable.

Afuera la noche inmensa,
la estrella inmóvil, pasiva,
que tristeza y luz condensa,
la noche que acoje arriba
lo que abajo el hombre piensa.

Y en un letargo de muerte
que aun no rompía acre diana,
misterioso, enorme, inerte,
agrandaba su extrahumana
sombra el histórico fuerte.

Hablaba Austin.—Güeno, ahora
¿por qué hermanos no ayüarla?
Pensaban todos (la aurora
venia ya). Arrulladora
fué atristándose la charla.

Callaban. En cada uno
surjia una inmensa pena,
pena honda que a mas de alguno
llorar hizo. Hasta el mas tuno
sintió que su alma era buena.

¿Por qué no ayüarla? Acaso
lo ejarian pa mañana?
Pa su mantencion, pa un vaso
estaba aun robusto el brazo
del bravo Lucho Orellana.

Ya reir era desdoro...
Un soplo brusco, deshecho,
de compasion, piedad, lloro,
tremulaba en cada pecho
sus melodías de oro.

Sola ahí, desamparada...
¡De veras que daba pena!
El, ponía su jornada:
dinero, afan, no eran nada
si no eran pa una obra buena.

Eran todos jenerosos.
Ellos daban sin consejos
calma a penas y sollozos.
Lloraban algunos mozos,
pensaban ya los mas viejos.

John rumiaba:—¡Salvar nenes,
ser bello de cuanto existe!
Sentado en unos sostenes,
con las manos en las sienes,
decía:—Esto ser mui triste...

Y Austin, ya chocho, maltrecho,
meditaba. Hasta su vida
la daría... El, daba a lo hecho,
su mesa del cerro, el techo
del viejo hogar, su comida.

¿Imprimía un pañal? ¿Acaso
no era hermano el desvalido?
Brazo de pobre era brazo
de Juan, de Pedro, si al paso
había un pobre caído.

Y era del mar, de la sierra
si la suerte era reacia,
de la patria allá en la guerra;
en paz era de la tierra
y del pobre en la desgracia.

Que, desde Ercilla a hoi, caso
no hai de aventuras o exodos
en que, misérrimo o craso,
el pan del indio o del huaso
dejara de ser de todos.

(1) Martillo de 30 kilos.

(2) Cocinero.



SILUETAS Y PAISAJES



VIÑA DEL MAR

EL ESTERO DE MARGA-MARGA

La buena agua como artista.—Miserias del rancho.—El hijo de ño Nicasio.—Los sanluneros.—Las ferocidades del agua.—La encantadora Laura.—La poesía rural.—Pleno sol, pleno campo y pleno viento.—Alegrías de pobre.—Los entierros de la Colonia.—Los pobres diablos.

EN los buenos días de otoño y en algunos de invierno, no es mas que un hilo de plata. Una hebra cristalina que se encoje y alarga en la voluptuosidad de opulenta curva a lo largo de las crespas sinuosidades del lecho.

En setiembre ya es distinto. Los deshuelos hacen fecunda la preñez de las barrancas cordilleranas y entonces el agua se viene cantando serenamente su robusta canción de vida, hasta prorrumpir en estrepitosa desembocadura.

Por cierto que encanta este chorro de bondadosa frescura. Como que saben los campesinos de la ribera la frescachona bondad de esa agua amable, que trae tanto riego para la buena tierra. La márjen se llena de tonos verdes. Y entonces los árboles echan lujo de brotes y opulencia de hojas verdiclaras, como es de moda entre los árboles jóvenes por el tiempo de la primavera. ¡Que es bello entónces!

Los campos se ponen bastante mozos. Y hasta poetas.

Con esa sana poesía que hai en la apacibilidad de las costumbres campestres y esa sinceridad en el decir que tienen las cosas de pleno aire.

Mas, al orijen (hablo desde el puente que va a la cancha) esto se pone mas triste. Derrames tristesones de tonalidades benignas, tristezas incomprensibles en las curvas del agua, caprichosos recortes de sombras, misterios de follajes no lejanos, suavidades de líneas. Ademas, susurros, briznas, ruidos imperceptibles.

Y por el noreste, la melancolía de un cerro gris.

Toda mirada que viaja al cerro trae la vision de sus cosas salvajes. Pájaros vagabundos, troncos solitarios, líneas anguloso-tronchadas, desgarraduras de la piedra. Y caminos caracoleadores, por donde corre la mancha blanca de un ternerillo que berrea... Abajo, mui abajo, la madre levanta los cuernos mirándolo... Esto adquiere un airecillo bueno, porque está en medio de sombreaduras delicadas. Las de una alameda, las de los arbustos enfermos, las de una cicatriz en la piedra, las de los ranchos abandonados, y perros vagos que parecen buscarse en el silencio de la altura.

Tambien suele venir una máquina en la vision de la mirada, alguna máquina herrumbada que tapa la boca de un hoyo inmenso.

Por ahí anduvo la piqueta de algunos gringos ambiciosos. Por ahí anduvo el trabajo del minero, de bracete con el ensueño. Abajo, mui abajo, despues de mucho tiempo, estos viejos hermanos se encontraron de manos a boca con el fracaso...

Buenos dias, Juana!

—¡Buenos dias, señor!

Es la casa del jardinero Lucas. Se oye la voz de Teo-

Alma Chilena

dora, la hija mayor de Juana y la mas bonita de la orilla. Canta melancólicamente un airecillo de letra sentimental y su voz se estiende con esa particular sencillez que recoje la voz en los campos.

¡Qué grande que viene el río!
¡Qué grande que se va al mar!

—¿Y Pedro, Juana? ¿En la fábrica?

—Por ahí anda... Se ha puesto tan malo desde que ha *agarrao* la *junta* con el hijo de *ño* Nicasio. Antes no faltaba el dia lunes, y el sábado me entregaba toda la plata. Viera usted, que ya ni sombrero tiene. Ahora, no hai quien lo sujete en la casa. En habiendo trago...

La voz de Teodora sigue cantando melancólicamente:

¡Rio, rio!
Devuélveme el amor mio
que me canso de esperar!

¡La pobre Juana! Así en un chapurreo de frases cortadas, me cuenta lo que sufre con su hijo Pedro.

—Desde que ha *agarrao* la *junta* con el hijo de *ño* Nicasio...

Este raptor de jóvenes de que habla la hija del jardinero, es un muchachon que se trae revueltas a todas las hijas de las chacras. El tipo del peon alegre, inocentemente corrompido.

Hace tiempo hablaron mucho de sus amores con la *Pintá*, una muchacha que baila todos los domingos en las fondas de la Poblacion Vergara. Recuerdo haberla visto una tarde.

Me detuve al frente de la fonda, cuando volvia a caballo de un paseo a Concon. Era una muchacha buena, si se quiere, que no tenia otro pecado que el de arreglar sus

cabellos y sus trajes con cierta gracia canallesca. Una santurróna endemoniada.

Espeso cortinaje de pelo negro sobre la frente. La mirada con un no sé qué de ensoñativo. Llevaba un traje rosa con cintas de un verde chillón y en sus labios de impresión indiferente, cierta violencia de toños, sugestiva a pesar de infame. Así todo, no era ella en absoluto la que se cojía a los chicos. Mas que nada la locura del baile, la cosa arrebatadora, el tono fuerte.

Nunca he visto mejor que entónces la alegría popular. Salvaje, espontánea, brutal, esparcía amarga fuerza de sentir en torno.

Adornos charros, banderas nacionales, bailarinas de papel ordinario, que reían estrepitosamente echando la pierna al aire. Entre dos faroles chinoscos una oleografía de comedor pobre, en que un pícaro franciscano guiñaba un ojo mientras sorbía rapé. Mas léjos, los mesones llenos con vasos enormes de un licor amarillo, sobre cuyo olor azucarado revoloteaban centenares de moscas.

En medio de todo, la *Pintá*.

Bailaba, y el movimiento de caderas que hermanaba con el compás de la cueca tenía una voluptuosidad que era la mas bestial rememoración de los placeres clandestinos. Los hombres de chaquetas cortas y anchos sombreros, movían cadenciosamente las piernas, entre la gloria de los pantalones bombachos, que son el grado insuperable de la elegancia popular. En la actitud tenían mucho de humildad simulada, como para ocultar la riqueza de canalladas fuertes que sacarían al aire en caso necesario. Otros, con sus ramos de flores lacias colgando del ojal, bailaban con jestos de suprema embriaguez, mirando una cinta verde que interrumpía la curva incitante sobre el desnudo cuello de la *Pintá*.

Violentaba mas el poder sugestivo de la cueca, el tam-

borileo endemoniado que saltaba de una mesa con cubierta de latón y el sonido decrepito de una arpa enferma, que a fuerza de oír frases de borrachos tenía una expresión semejante.

Lloraré, lloraré...
dime por qué... ¡ai, sí!

—La copa, señor. La copa me lo ha echado a perder.

A lo largo del estero, junto a las grandes piedras que se utilizan en los trabajos de la defensa, revolotean ociosas bandas de pájaros. Manchas parduzcas brincan al aire. ¡Chiu, chiu!

Por la inmensidad las nubes vagabundeando. Abajo el tono desabrido de las piedras y el tajar que se prolonga hastiadoramente largo. Por entre los escondrijos de los gigantescos bloques de granito, hai varios ociosos que juegan al monte.

El día lunes (un día de mucho tedio para los trabajadores viciosos), pueblan el hastío de los cortes abandonados las siluetas oscuras de unos cuantos aburridos. Son los que han gastado el jornal de la semana sobre el mostrador de la fonda dominical. Suelen ser peligrosas esas grotescas amalgamas de ojos descompuestos, hastíos de borrachera, ascos por el trabajo, horror por la fatiga, repugnancias de vivir. Esta noche habrá en el hogar muchas lágrimas.

Tendidos en posturas que nunca resultan suficientemente cómodas, conversan banalidades tediosas: murmuraciones interminables, ensueños voluptuosos, comentarios cansados... Y es que ahí sienten el fastidio de una pobreza que el vicio ha hecho incurable.

Laxitud, aburrimiento, pensamientos oscuros. Si a la tarde pasa un hombre de buen traje o una muchacha que vuelve de compras, seguramente habrá alguna violencia.

LA copa, señor, la copa me ha perdido al chiquillo... Además, la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

También esta hebra de agua cristalina suele tener sus trasmones. ¡Y tan terribles!

Buenos miles de pesos han tirado los decretos oficiales sobre la defensa del estero, buenos miles que el agua absorbe rabiosa, cuando el malhumorado caudal de arriba se viene a golpe y escape.

¡Buena que se está la poesía entonces!

Los bueyes ramoneadores dejan el paisaje muy libre de manchas monótonas y tonos apacibles. Porque se retiran bien lejos, al lado del rancho donde vive el buen carretero que los unce al yugo y les agujerea las carnes. También llega a contemplar las nerviosidades del estero esa endemoniada neblina, que es tan triste.

—Además la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

—¡Cómo! ¿También este diablín hace tunantadas?

—¡Y bien grandes, señor! El año pasado, sin ir más lejos. A Francisco, ¿recuerda, señor? Aquel hombre que andaba todos los días en la *acarreadura*, por el camino del Médano... Pues vaya a ver! El rancho, las carretas, los bueyes y el hijo mayor, cortaron aguas abajo... Fuera de un curita que se ahogó en la Boca.

Ciertamente. Los diarios de Santiago hablaron de esto hace tiempo (me refiero al cura; los diarios santiaguinos no hablarían probablemente de la carreta y del hijo de Francisco). La buena mujer no sabe que el curita era un mozo de méritos y esperanzas. Un mozo tan bueno para decir

un latinazo como una galantería. Mirada celestial y frase lánguida; ambas como oraciones. Con decir que algunas santiaguinas lamentaban aquellas sotanas... Como este simpático clerigucho pocos tan amados. Cualquiera pudo dudar que esos frescos veinte años tenían diez de Seminario; de prédicas vergarantunezcas; y no de refinamientos parisinos.

Las aguas le dieron un abrazo estrecho, cordialísimo, si no fuera pecado. Y mar adentro, jugaron con él lamentablemente...

Imposible creer tales picardías de esta agua romanticona, que enseñoorea su apacibilidad sobre este agrupamiento delicioso de árboles jóvenes y ranchos agrestes. Imposible, cuando se mira alrededor de las viviendas campesinas la detalladura sujestionante de los troncos resinosos, cerca de los que hai patos en desperezamiento de alas, gallinas ociosas picoteando la tierra, ropas blancas asoleadas a sol de oro, perros huraños que buscan una postura cómoda, bestias de carga inmóviles, tiestos desordenados, cantinelas de hogar, alharacas de niños y aves.

UN silbato.

—¡Cuidado, señor! ¡Quítese!

Por la curva del terraplen se arrastra un traqueteo sor-do. Es *Laura*.

No es ella una muchacha, por cierto, aunque es vivarachita como una moza. Toda pizpireta, pues que es joven, pasa el santo día correteando por la orilla del estero. Tra-catric... Traquitrac...

Esta diablilla es la que trae desde el muelle de la Población Vergara muchos carromatos cargados con azúcar peruviana. En el patio de la refinería le estraen la dulce carga; luego regresa mui descansada, pasa el Puente Negro (así lo llaman los chacareros de la orilla, por el color que deja en

sus durmientes el carboncillo del humo); y ya en el lado opuesto se dispara a todo correr por el campo...

¡Y con qué gracia! El trabajador de la defensa se queda mirándola. La mira largamente. Posiblemente en esas miradas hai un poco de sorpresa y otro poco de dolor, ante esos latrocinios del ingenio humano que paulatinamente roba el trabajo al brazo del hombre para entregarlo a la mecánica. Y digo probablemente porque el estúpido éxtasis con que el labriego analfabeto mira estas cosas, es de una nebulosidad atontadora.

¡Ah! Me olvidaba de que *Laura* es bonita. El gringo que la maneja debe comprenderlo así cuando se empeña en mantener irreprochable la jentileza de su pequeña máquina. La caldera de una perfecta redondez, voluptuosa si se quiere. La trompa desplegada en forma de abanico, la chimenea erguida con la gracia de un cuello femenino. Cuando la velocidad aumenta, derrama en la trocha un reguero de chispas rubias, mientras que arriba el humo negro ondula como una cabellera oscura. Fuera de la campana, que en los días de hartó sol semeja un fragmento de oro, queda por recordar un farol de cristales ahumados donde se guarecen como en una plancha fotográfica las siluetas maravillosas que concurren a la perpetua fiesta del campo.

La curva que hace la línea al acentuar su dirección hacia el muelle, es inefablemente suave. *Laura* entra en ella con lentitud, como saboreando las dulzuras de esta línea que la naturaleza ha colocado sobre sus cosas mas bellas: los senos de las mujeres, etc.

PLENO sol, pleno campo, pleno viento, como dijo un poeta. Al crepúsculo, la orilla del estero es un trozo de vida sugestionador.

sus durmientes el carboncillo del humo); y ya en el lado opuesto se dispara a todo correr por el campo...

¡Y con qué gracia! El trabajador de la defensa se queda mirándola. La mira largamente. Posiblemente en esas miradas hai un poco de sorpresa y otro poco de dolor, ante esos latrocinios del ingenio humano que paulatinamente roba el trabajo al brazo del hombre para entregarlo a la mecánica. Y digo probablemente porque el estúpido éxtasis con que el labriego analfabeto mira estas cosas, es de una nebulosidad atontadora.

¡Ah! Me olvidaba de que *Laura* es bonita. El gringo que la maneja debe comprenderlo así cuando se empeña en mantener irreprochable la jentileza de su pequeña máquina. La caldera de una perfecta redondez, voluptuosa si se quiere. La trompa desplegada en forma de abanico, la chimenea erguida con la gracia de un cuello femenino. Cuando la velocidad aumenta, derrama en la trocha un reguero de chispas rubias, mientras que arriba el humo negro ondula como una cabellera oscura. Fuera de la campana, que en los días de hartó sol semeja un fragmento de oro, queda por recordar un farol de cristales ahumados donde se guarecen como en una plancha fotográfica las siluetas maravillosas que concurren a la perpetua fiesta del campo.

La curva que hace la línea al acentuar su dirección hacia el muelle, es inefablemente suave. *Laura* entra en ella con lentitud, como saboreando las dulzuras de esta línea que la naturaleza ha colocado sobre sus cosas más bellas: los senos de las mujeres, etc.

PLENO sol, pleno campo, pleno viento, como dijo un poeta. Al crepúsculo, la orilla del estero es un trozo de vida sujestionador.

Alma Chilena

Los árboles inmóviles. Junto al puente principal, la silueta de un foco eléctrico. Y sobre el globo de cristal sólido, la inalterable firma de fábrica, el reclamo con que la civilización pregona la propiedad de aquella obra de ingenio: *Laterme, Haller. Berlin S.* Y al otro lado: *Lúcas Licht.*

En pleno campo, un camino. Por ahí anda la mancha agreste de la poesía rural, récuas de borricos que traen muchas cargas de leña. Los campesinos pobres la cortan en los cerros vecinos y bajan al pueblo para obtener en cambio el jeneroso pan del día. Acude a la evocación el trabajo de aquellos pobres: un día de sol ardiente, perdidos en la soledad de los montes, canturreando algún aire triste mientras los borricos siguen sus huellas con las cabezas inclinadas al suelo...

Ya de vuelta, los borricos ensayan un trotecito alegre por el camino gris.

Un leñador canta todavía, aunque un aire menos sentimental y más picante, que ha cambiado por el otro, viejo y triste.

Orilleando el estero en dirección al Salto, los alambres del telégrafo. Por entre los altos postes las mismas bandas de pájaros ociosos, las mismas manchas parduzcas ¡Chiu! ¡Chiu!

Pleno sol, pleno campo, pleno viento... Allá en el fondo del paisaje, en la ventana de un chalet moderno, divísanse a medias los contornos de una vieja de anteojos que se entretiene haciendo calceta...

¡Pleno aire! Creo que así se llamaba un cuadro del pobre Lantier (*La Obra*, Emilio Zola), ridiculizado estrepitosamente en el Salon de Paris. No lo hubiera sido al escoger por tema esto que pueden ver cuantos se den una hora de vagancia por la orilla del estero.

Al mediodía (aire puro, sol de oro), se juntan unos cuantos muchachos pobres en el cauce.

Calzones arriba, pierna desnuda, ánimo alegre, los muchachos se hunden hasta las rodillas en el agua. Ella los moja y esa frescura se mete en la salud, en el ánimo. ¡Que gritan los chicos cuando se bañan a sol y agua en la incommensurable libertad del aire libre! Las manos hurgan el cauce; salen riscos agrietados y piedrecillas deformes que los chicos echan al aire y que despues caen con un golpe cristalino, levantando sobre la clara superficie miles de chispas blancas. Los gritos, las chuscadas, las risas, se confunden con el gorgoriteo chapurreado del agua; hasta no haber distingos posibles entre las voces inconscientes de un chiquillo y el chapoteo de la onda. Muévense los brazos, los ojos, los labios. Insinúanse jestos, ademanes, palabras. De pronto hai risa jeneral... ¿Algun chiste? ¡Nada! El agua, el agua, el agua...

¡Aire libre! Hasta las gallinas que amenizan los ranchos de la orilla vienen a la bulla... ¡Al estero! Chiquillos pobres, perros flacuchentos, aves alegres, gallinas ociosas... ¡Al estero! Para unos agua y sol, para otros desperdicios, para éstos briznas, para aquellos ruidos; y para todos aire, sol y agua. ¡Al estero! El agua suele cantar, suele reir, suele llorar, para vosotros enamorados, alegres o sentimentales! El agua baja de arriba diciendo delicias sin asunto, pero delicias al fin... En el fondo hai muchos rayos de sol que se bañan. Y las nubes desfilan formando una procesion subterránea, cristalinamente encantadora, encantadoramente cristalina.

ENTRE la puntilla de Miraflores y el Salto, junto a una decrepita palma de dos ganchos, hai unas escavaciones que alguien hubiera podido suponer un proyecto de palacio subterráneo o un túnel para el centro de la tierra... Pues, nada. No son palacios encantados ni túneles inverosímiles.

Son unos cuantos hoyos abiertos por la piqueta de unos cuantos hambrientos.

Algun mal intencionado, alguna vieja de imaginación histerica, hizo correr la noticia perversa de que allí se ocultaban seis cargas de plata, dejadas por un español inmensamente rico, a quien las huestes de San Martín empujaron hacia España. ¡Segurísimo el tesoro!

¡Y qué cosas tan tristes se vieron! Ambiciosos desesperados que pagaban peones para cavar día y noche; pobres diablos que gastaban los sudados ahorros de cinco años; padres de familia que hacían proyectos conmovedores: comprar una casa en Miramar, junto a los baños ¿no? Dotar la hija... ¡No más trabajo ya! Y hablaban todos nerviosos, las manos temblonas, los ojos agrandados. ¡Y que se irritaban si se les contradecía!

—¡Cómo! ¡Si hai datos seguros!

¡Segurísimos, ya! Como que un mes después había un grupo de caras mohinas, un semicírculo de ojos lastimeros alrededor de las excavaciones inmensas.

Las miradas de odio caían en las tenebrosas fauces de los hoyos solemnes. La sombra de abajo recibía inmutablemente las imprecaciones de arriba. También se habían trazado inmutablemente la casita en Miramar (¿junto a la playa, eh?) la dote de la pobre hija, los ocios de rentistas, los futuros coches de paseo, los vengativos desprecios para el enemigo, los proyectos conmovedores, los sudados ahorros de cinco años, los ensueños de súbito crecimiento, las fantasmagóricas construcciones de pirotécnica imaginativa. ¡Aquellas esperanzas que atravesaban toda la vida futura al estruendo glorioso de los éxitos mundanos, entre el campanileo inconcebible de los millones precipitados en el mutismo de la indiferencia humana!

Y de todo aquel mundo de oro creado por el maravilloso ¡hágase! del ensueño, no quedaban más que las bocas ne-

TARDE EN EL HOSPITAL

SOBRE el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entónces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.



gras de las escavaciones y las carcajadas crueles de toda esa muchedumbre que desfiló por aquellos días a lo largo de las obras fatales.

¡Dios mío! Los árboles inmóviles, las aguas mal humoradas del estero en crece, las rocas salvajes de los cerros vecinos, debieron sentir estremecimientos de compasión cuando por la orilla del cauce volvieron los fracasados.

Iban con las cabezas inclinadas mirando el agua... Mirando esa agua que andaba, corria, pasaba, sin detenerse ante los paisajes tranquilos y las miserias de la orilla. Sin detenerse ante el amor ni el vicio. Mirando esa corriente que se lleva aguas abajo el oro de sus lavaderos lejanos, los ranchos del campesino, los hijos del pobre, confundidos con los ensueños de todos los ambiciosos que llevaron sus empresas descabelladas a las entrañas de la tierra.

Las ociosas bandas de pájaros debieron parar su vuelo para verlos pasar.

—¡Los pobres diablos!

—¡Chiu, chiu!

Y hasta la gentil *Laura* debió forzar sus calderas para escapar de aquellos suspiros largos que bajaban por el estero, de aquellas dolorosas miradas que se iban en el agua, de aquellas maldiciones que el eco solemne de los campos tranquilos repetía amargamente de cortejo en cortejo,

Sí que debió correr la gentil *Laura* a lo largo de la vía, mientras el gringo enhollado que es el señor de sus gracias mecánicas, se afirmaba de codos en la ventanilla para contemplar, ante el desmayamiento del crepúsculo, la inmensa paz que parecía subir de la tierra hasta las misteriosas lejanías de la inmensidad.



MARUSIÑA

AUN me recuerdo de aquella noche en que conocí al pobre Marusiña.

Fué en un endiablado centro de bailes nocturnos, adonde solía llegar algunas veces en la amable compañía de tres o cuatro muchachos tunantones.

Se bailaba con señoritas obreras; se hacía peroratas enterrecidas sobre la fraternidad de las clases trabajadoras; se improvisaba discursos líricos sobre los encantos de la mujer, interrumpiéndose muchas veces en períodos llorones y trozos patéticos para pagar la cuenta al mozo de la cantina.

Y entre este barullo de copas, frases sentimentales, declaraciones emocionantes y arrumacos alcohólicos, el pobre Marusiña bailaba como un desesperado o hacia el reemplazo de un orador inasistente, cantando a la reunión una canción de zarzuela chica que empezaba:

La Marusiña
con el Marusiño...

Aquello era encantador. Su boca descomunal de muchacho gloton se entreabría cariñosamente en jesto de suprema bondad, mientras sus ojos un poquillo lánguidos empezaban una risa bobalicona que concluía por alegrar del todo a los afiebrados bailarines.

¿Encontrábanle gracioso? Dificilmente se hubiera podido saber. Además, eso no le importaba mucho, arrebatado como se hallaba siempre por el propósito de ser útil a sus semejantes, sirviéndoles siquiera de chungu.

Su figura era de lo mas estrafalario. Una cabeza desco-

munal, ancha, testaruda y orijinal. Un jesto de niño bueno, una risa espontánea. Todo esto sobre un cuerpo flacucho de piernas enclenques, cuyos despaturrados ángulos hacían caracoleos caprichosos en los requiebros y vueltas de una mazurka, una polka o un vals. ¡Y el chaquet! Cinco años que se agazapaba sobre las espaldas de Marusiña, que a decir verdad eran lo único robusto de aquel conjunto de debilidades; cinco años que habían acumulado mugre y verdor sobre el invisible cuello, a la sazón acribillado por costurones de hilo blanco.

¡Oh la catadura caricaturesca de Marusiña!

Se pirraba por decir muchas cosas, casi siempre bellas, gustaba de leer versos, de hacer frases entusiastas, de alabar a los que estaban con él. Sí, elojiar, encontrar buena la humanidad y hermosa la vida. Reir para todos, gastar para los amigos, sacrificarse por los demás.

Los discursos de fraternidad le hacían llorar de alegría, como si esas promesas de perdurable amistad hubieran respondido a una vieja aspiración de amor universal que arrasaba desde antes de nacer.

Obraba por impulso, sin el más leve temor por el decir de los otros, absolutamente convencido de que todos le amaban así como él los amaba a todos...

¿Quería bailar? Pues, bailaba. ¿Se necesitaba reír? Pues, reía. ¿Se quería beber? Pues, se bebía...

A la sazón le había entrado por bailar con una señora gorda. Por supuesto que la halló inmediatamente. Al ver su alegría jenerosa, que estaba siempre en la tarea apresurada de encender alegrías ajenas, nadie se negaba.

Luego, era tan sabroso verle hacer piruetas con sus flacuchentas estremidades de pidén gracioso.

La cueca de Marusiña fué una cosa estupenda. Aquel caballero aflautado que se deshacía junto a la complaciente señora, era cosa nunca vista. Se les comparaba a los siete

años de abundancia y los siete de escasez... Se reía de su zapateadura endiablada hasta vaciar el estómago. Se hacían ovaciones a su chaquet ruinoso, por uno de cuyos faldores asomaba un formidable pañuelo de hierbas.

Aquello era una interminable carcajada de cien gargantas enronquecidas por el polvo del baile, por los discursos de fraternidad y por la cerveza que parecía bajar como un torrente desbordado sobre el mostrador de la cantina.

La cueca no concluía jamás. Dieron las doce; luego la una, las dos, las tres...

El baile seguía, los discursos se reemplazaban nutridamente, los galanteos eran más amorosos que nunca. Se había abierto el chorro en el alma de cada uno a las incontenibles cañerías del sentimentalismo.

Y en medio de la algazara jeneral, Marusiña se desahacía en requiebros, exclamaciones, gritos, risas, jestos. Su rostro ancho de muchacho bueno parecía hacer cosquillas en el ánimo de las mujeres.

Por supuesto que aquello concluyó por entusiasmar me. Excitado por Marusiña y su júbilo contagioso, me eché en brazos de una joven obrera, con quien me perdí en una de requiebros, promesas y juramentos. Fué una embriaguez de alegría cuya imposición nadie pudo eludir y que concluyó por anegarnos en dicha.

Aquella noche no pude hacer más observaciones. Sólo recuerdo que entre el arrebató del bullicio fermentaba en mí una colosal gratitud por ese muchacho cuya sola injenuidad (pues que no era gracioso, sino entusiasta), tenía la virtud de hacer siquiera momentáneamente la felicidad de todos.

FUÉ así como conocí al pobre Marusiña, muchacho bueno, si los hai en la vida.

¡Cuánto me hizo sufrir su virtud! Las pocas veces que le

encontré en mi camino fué para conocer alguna pellejería suya.

Una de estas veces lo hallé empeñado en preparar «una gran fiesta patriótica» para los vecinos del cerro Cordillera.

Era miembro del comité organizador y hacia una semana que no iba a la ocupacion por trabajar en los preparativos de la famosa fiesta. Era una gloria para los habitantes del cerro, toda jente pobre, olvidada que siempre habia estado por esa señora Municipalidad, que sólo hace fiestas para los ricos...

Ya se habia acercado a los diarios. Los cronistas eran mui buena jente, sin duda. (No olvideis que para el pobre Marusiña todos los hombres eran buenas jentes...) Gracias a un poco de trabajo, habria hasta fuegos artificiales para la jente pobre y muchos juegos para los niños. ¡Cómo irian a gozar esos pobres chicos!

De improviso se interrumpió para entrar a una cantina.

—¡Vamos, hombre! Una copa solamente...

Acepté aquella copa por complacerle. Solamente que entre confesion y confesion, acabó por contarme sus actuales penurias. Habia perdido su ocupacion por servir a los vecinos del cerro Cordillera. ¿Qué importaba? Mientras se tuviera entrañas, lo principal era servir a los pobres. Se habian ido algunos dineros en gastos y actualmente el dueño de la pension se negaba a entregarle la cama. Dormia en los bancos de la Plaza Victoria y almorzaba con los amigos. En cambio los niños del cerro Cordillera iban a tener hermosos entretenimientos para los bellos dias de la Patria.

Acabé por acribillarle a consejos. ¿Era posible descuidar así nuestra propia vida en beneficio de los demas? ¿Era siquiera vecino de aquel cerro? Concluia por cargar esa abnegacion incondicional. La vida era así y los hombres debian ser asá.

Se rió escandalosamente de mí con su gran jeta de

muchacho gloton; me trató de egoista y concluyó por negarse terminantemente a aceptar que yo pagara la copa.

Un año estuvo sin cama. Y no es que ella aun permaneciera retenida por «aquel buen hombre». Se la habíamos rescatado por tres veces a punta de suscripciones. Pero él volvía a empeñarla para los gastos de no sé cuántos «reos inocentes», cuyo indulto acababa por conseguir a fuerza de majaderías.

Un año sin cama, con sus correspondientes noches al aire libre y su cortejo de dias en blanco (así llamaba a los endiablados dias en que no le convidaban a comer); un año de trajines mal recompensados por jente desagradecida, no le curaron. Un dia de tantos conoció a un tal Mundt, que se las daba de librepensador en propaganda viajera: sablista, borracho y sinvergüenza, segun la biografía de otros. La misma tarde en que Marusiña estrechó su mano de amigo y en que se hicieron brindis de fraternidad sobre el mostrador de una taberna, Marusiña supo que el librepensador en propaganda viajera no tenia alojamiento ni dinero con qué procurárselo. ¿Era posible eso? Marusiña acabó por hablar pestes del orden social, causa de que los pícaros engordaran a razon de dos kilos diarios, mientras los hombres de pensamiento se estaban bonitamente al sereno. Eso no podia permitirse. El tampoco tenia actualmente alojamiento; pero un amigo suyo se lo daba. Participarian, pues, de la cama aquella, mientras permaneciera en viaje de propaganda.

¡Infeliz! El amigo suyo no lo era tanto que pudiera permitir tales cosas. Aquella misma noche puso a los dos de patitas en la calle...

Así terminaban sus sacrificios. El Comité Patriótico del cerro Cordillera le habia espulsado ignominiosamente por consideraciones de economía.

Aquel individuo de sesos nunca vistos (testualmente) se

enredaba en maquinaciones estrafalarias para conseguir de los socios que los fondos no se fueran obligadamente en fiestas públicas y se destinaran a la fundación de un dispensario para enfermos pobres. Lo que había de grave era que Marusiña acababa por conseguir estas cosas de caridad pública, que indudablemente no correspondían a comités patrióticos... Tanto majadereaba.

Así y todo, seguía sosteniendo, que los tales del Comité Patriótico eran personas buenas. Únicamente que no le entendían...

A decir verdad, no era cosa muy sencilla aquello de entenderle, cuando ni él mismo lo consiguió jamás.

Se aficionaba por aquel tiempo a reflexiones muy serias. Al fin y al cabo, eso de comités patrióticos no era una cosa decente para estos tiempos en que había tantos desgraciados. El ideal verdaderamente humanitario era la anarquía. Igualar la riqueza de todos; suprimir la circulación del dinero; hacer de la humanidad una gran familia en que no hubiera tuyo ni mío.

Llevado por teorías de esta especie, acabó por hacerse un propagandista libertario, como decía seriamente. Entonces desapareció su sonrisa bobalicona de pobre diablo; se ennobleció su gesto de bonhomía y las ideas de regeneración social brotaron a borbotones de su enorme boca de chiquillo hambriento.

Por supuesto que sus oyentes le pullaban. Era atrocemente gracioso eso de oír peroratas humanitarias en los labios grasosos de aquel muchacho sin cabeza (pues que nunca tuvo más que corazón). Sin embargo, el grito de anarquía no era del todo chusco en su boca. Su hambre nunca saciada, su nariz abierta a los olores de la gula, la expresión de esperanza de sus ojos adormilados, prestaban a sus prédicas anárquicas de apóstol callejero una nostalgia de sacrificio, cierta trizteza de raza que parecía llorar por toda la humanidad.

Buscaba los hombres de abajo, los obreros de manos encañadas. Se engolfaba con ellos en interminables disertaciones sobre el capital y el trabajo, sosteniendo que había llegado la hora de reivindicar todos los derechos.

Y como si la bondad de aquellas ideas estimulara sus formidables mandíbulas de gastrónomo, concluía por hablar a dentelladas, mascando sus argumentos de revolucionario, paladeando el sabor amargo de sus frases ardientes, prolongando si era posible sus terribles mascadas de filosofía libertaria, sus mordiscos feroces al capital explotador, al lujo desenfrenado de los burgueses, a las mujeres de ancas descomunales y vestiduras exorbitantes...

Concluía por pagar las copas e irse por las calles del Puerto hasta horas imposibles de la noche. Y cuando el aire fino de la madrugada refrescaba sus ardores de rejuvenecedor, lanzaba al aire su famoso estribillo, mientras las estrellas le hacían cariñosas señales desde la celeste profundidad del cielo:

La Marusiña con el Marusiño...

Pero todas estas luchas revolucionarias a que le conducía su inmenso amor por sus semejantes, acababan por costarle nuevas amarguras.

Se corría entre los obreros que el individuo aquel era un agente pagado por la Sección de Seguridad para sorprender los movimientos de emancipación de las clases trabajadoras. Se le miraba con desconfianza; se le hacían indirectas mal intencionadas... Hasta se hablaba de darle una fenomenal paliza. Acaso así entenderían los rufianes de la pesquisa que aquello de espiar a los hombres de trabajo no era broma.

Se la dieron, efectivamente. Una paliza de encrucijada

que se paseó a lo largo de sus costillas durante una hora y que concluyó por dejar al pobre como un Santo Cristo.

Una noche me detuvo para contarme estas pellejerías.

Ni siquiera entre los mas humildes encontraba ese amor que él tenía por todos. En cambio, algunos audaces se hacían llamar defensores del pueblo con la mañosa esperanza de ser elegidos municipales. A la sazón engordaban como unos cerdos. Y a él que no les pedía nada, que se lo daba todo: pan, cariño, fraternidad, etc., sólo le daban como recompensa hostilidades, calumnias y palizas. ¿Espía él? Vivía en perpetuo olvido de sí mismo; amaba a los hombres como si hubieran salido todos de un solo vientre. Imitando al célebre personaje antiguo, él deseaba que todos sus hermanos de la tierra no tuvieran mas que un estómago. Se lo llenaría de una sola panzada.

Concluía por llorar de pena ante la ingratitud de los obreros.

Y en aquella noche llena de melancolía que se esperaba bajo una luna triste de primavera, sus ojos largos dejaban caer inmensos lagrimones que se me figuraban diamantes escapados de su alma purísima, inagotable mina de purezas humanitarias y melancolías cristianas.

Por aquellos días, precisamente, Marusiña se dedicaba al periodismo, sirviendo en calidad de repórter a un diario defensor de las clases trabajadoras (creo que *El Chileno*). Estaba «para mientras tanto» y desempeñaba su cometido a las mil maravillas.

Porque era curioso. Para servir las ocupaciones en que ganaba el pan, era indolente, torpe y descuidado. Le cargaba aquella prosa de cambiar esfuerzos por billetes sucios... Para servir a mérito era, en cambio, entusiasta, tesonero e incansable. Encantaba su actividad.

Pues bien. Dos meses que sirvió en aquel diario le hubieran dado derecho a un sueldecillo, a una recompensa en forma práctica.

que se paseó a lo largo de sus costillas durante una hora y que concluyó por dejar al pobre como un Santo Cristo.

Una noche me detuvo para contarme estas pellejerías.

Ni siquiera entre los mas humildes encontraba ese amor que él tenía por todos. En cambio, algunos audaces se hacían llamar defensores del pueblo con la mañosa esperanza de ser elejidos municipales. A la sazón engordaban como unos cerdos. Y a él que no les pedía nada, que se lo daba todo: pan, cariño, fraternidad, etc., sólo le daban como recompensa hostilidades, calumnias y palizas. ¿Espía él? Vivía en perpetuo olvido de sí mismo; amaba a los hombres como si hubieran salido todos de un solo vientre. Imitando al célebre personaje antiguo, él deseaba que todos sus hermanos de la tierra no tuvieran mas que un estómago. Se lo llenaría de una sola panzada.

Concluía por llorar de pena ante la ingratitud de los obreros.

Y en aquella noche llena de melancolía que se esperezaaba bajo una luna triste de primavera, sus ojos largos dejaban caer inmensos lagrimones que se me figuraban diamantes escapados de su alma purísima, inagotable mina de purezas humanitarias y melancolías cristianas.

Por aquellos días, precisamente, Marusiña se dedicaba al periodismo, sirviendo en calidad de repórter a un diario defensor de las clases trabajadoras (creo que *El Chileno*). Estaba «para mientras tanto» y desempeñaba su cometido a las mil maravillas.

Porque era curioso. Para servir las ocupaciones en que ganaba el pan, era indolente, torpe y descuidado. Le cargaba aquella prosa de cambiar esfuerzos por billetes sucios... Para servir a mérito era, en cambio, entusiasta, tesonero e incansable. Encantaba su actividad.

Pues bien. Dos meses que sirvió en aquel diario le hubieran dado derecho a un sueldecillo, a una recompensa en forma práctica.

Se la dieron, en efecto. Un día asistió a una fiesta de obreros en representación del diario. Tomó apuntes, hizo una crónica de la fiesta y hasta un discurso por el amor universal, su tema favorito.

Al día siguiente leía una extensa relación de la fiesta, precisamente la que él había confeccionado. Sólo que a la conclusión venía este párrafo:

«Tenemos sí que lamentar una nota desagradable en esta fiesta. Un señor Fulano de Tal, conocido con el apodo de Marusiña, se permitió declararse representante de esta hoja y hablar en nombre de ella, cuando en realidad no pasa de ser un sinvergüenza...»

Algunos meses más tarde leí en un diario de Valparaíso una invitación a un *meeting*. Se trataba de conseguir el indulto de un reo condenado a muerte por violación y homicidio. Había empeñado entre la juventud por alcanzarlo y aquello resultaba.

Asistí al *meeting* esa noche. Los discursos eran conmovedores a propósito del reo: un inocente que lloraba ante la perspectiva de abandonar a su madre en la mitad de la vida, cuando la muerte, las enfermedades y la miseria merodeaban en torno de ella. Se agregaban escenas horribles, en que el reo aparecía de hinojos pidiendo a Dios la vida, solamente para evitar a la anciana el inmenso dolor de ver a su hijo afrentado. Algunos lloraban.

Yo también hube de caer en el lloriqueo. Pero a la verdad que no era tanto porque me impresionara el reo y su próxima ejecución.

Lloraba por Marusiña, uno de cuyos lances me contaron esa noche. La idea de hacer un *meeting* había sido suya. Había abandonado otra nueva ocupación conseguida por sus amigos, para trabajar durante un mes por el indulto de Robles. Rogó, suplicó, entusiasmó... A la sazón había empeñado por vijésima vez la cama para costear los gastos del

meeting. Estaba en medio de un grupo hablando de perdon, de humanidad, de abnegacion... Aquellas palabras parecian haber sido creadas para sus labios de niño bueno, incorre-jible en su virtud. Habian llegado hasta su corazon y no debian soltarle jamas.

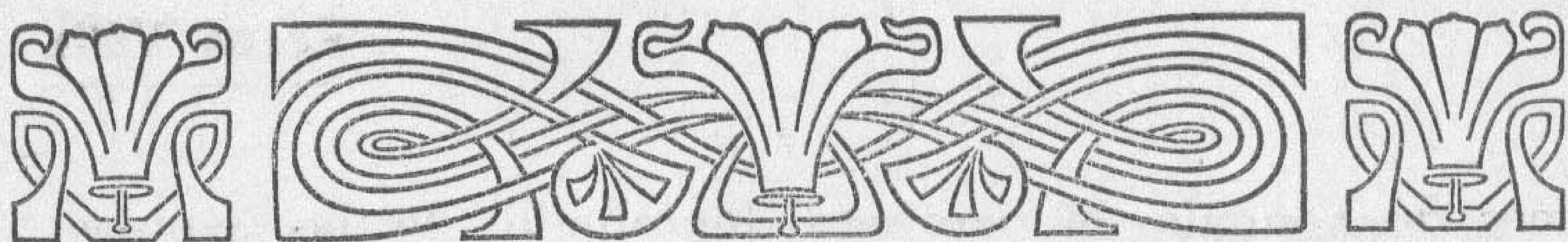
¿Se quedaba sin pan? ¡Eso no importaba! Lo principal era la vida de los infelices. El mañana era mañana, segun sus teorías, y el hoi era hoi. Indecencia era pensar en la comida cuando habia otros que iban a perder la cabeza.

DESDE entónces nunca mas volví a verle.

Un diario de hoi trae un párrafo de crónica sumamente sencillo. Se trata de un vagabundo conocido con el apodo de Marusiña, jóven al parecer y de malas trazas, fallecido repentinamente en la calle Victoria. El médico que verificó la autopsia declara que el occiso ¡ha muerto de hambre!...



IN MEMORIAM



EPÍLOGO

A LA MEMORIA EN PENA

de

CÁRLOS PEZOA VÉLIZ

« Sin embargo, todo está bien: él no ha sino franqueado los límites conocidos de la vida: y por él lágrimas de extraños llenarán la urna, hace mucho tiempo quebrada, de la Piedad ».

OSCAR WILDE.

LA caída del sol: la hora de los cuervos en Calcuta. Es el momento escojido por Etbari para traerme una correspondencia que viene de la otra estremidad de la tierra. Su paso desnudo se desliza sobre el pulido pavimento; su ropaje llega a rozarme levemente. Los estores están corridos, bajadas las persianas; el pankah renueva acompasadamente una atmósfera almizclada. Y es un segundo sueño abrir los ojos en la penumbra del bungalow y percibir el jardín por encima de los telones de esparto que los coolíes humedecen de tiempo en tiempo: la cima de un hibiscus coronada de racimos rojos, como un castillo florecido de

luces de bengala; el parapeto dentellado de las azoteas; el resplandor triste, toda la enorme reverberacion del cielo y de las cosas de la India.

A la luz oblicua de una de esas tardes supe yo la muerte de Pezoa en un hospital. Diego Dublé, que acababa de volver a Chile, me la daba entre una reminiscencia galante de Petrópolis y un paisaje magnífico del otoño austral, y me copiaba los últimos versos del poeta, que le recordaban *Il pleut sur la ville et il pleure dans mon cœur:*

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en ámplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve:
despierto sobresaltado;
llueve...

Entónces, muerto de angustia
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Los reflejos de soslayo de ese sol de Estremo-Oriente, penetraban ahora en el recinto. Un gigantesco graznar se esparcía afuera. Y yo habia dejado caer los brazos, y trasportado en imaginacion a un horizonte tan diverso, me pa-

recia oír el chasquido de la llovizna contra las vidrieras; el *llueve* y el *duermo*, el *llueve* y el *pienso*, resonaban en mis oídos casi físicamente, sin que ninguna idea más lúcida me definiese la sensación que yo debía de experimentar por aquella muerte a lo lejos, hacia ya tres meses.

Fué solamente a lo largo de los días y por lampos como se fueron presentando a mi memoria los recuerdos de nuestra larga amistad, del gran afecto que él me tuvo; una afección semi-maternal, algo como de hermano de leche, que le hizo decirme al saber que yo partía:

—Nó, nó. Usted necesitará a su lado de alguien práctico como yo. ¡Lástima que no pueda acompañarle!

¡Buen amigo! Su flaqueza era creerse hombre práctico, un *self-man*, como él decía. Y en realidad lo era, preparado en dura y desconocida prueba.

¿Quién de nosotros, el más íntimo, supo nunca de donde venía? Se susurraba que había sido reenganchado voluntario: que trepaba repechando desde muy abajo. Nadie conocía su domicilio, ni había sido invitado a frecuentarle en familia. Vagamente se le había oído hablar de un padre y una madre; y a veces él, que no bebía nunca, ofrecía todo el aspecto de un alcohólico.

Las fotografías lo han representado como él hubiese querido ser, pero no como era. Su voz, impregnada de algo acerbo y mordaz como la brisa del mar, sonaba desapacible; su paso desigual, como sus expresiones. En su boca sardónica brillaba inmoderadamente el oro de una tapadura. Tenía finas las manos y las uñas toscas. Se veía que había peinado a la fuerza sus cabellos y sus ideas, que no lograba vestirse sino apenas disfrazarse de «joven decente». Como otros toman por modelo las jenialidades incopiables de los originales, él trataba con todo su alma, sobre todo en los últimos tiempos, de entrar en el patrón convencional.

Pero si bajo su gaban de figurin solia aparecer demasiado fácilmente la corteza plebeya, mas debajo vibraba el alma nostálgica de nuestro roto. ¿De dónde venia, injerto en araucano de Dios sabe qué sangre, de qué pueblo rubio, con su enerjía indomable y su angustia tambien indomable? Hoi que se habla de Raza Chilena, deberia evocarse este ejemplar típico, hombre y poeta el mas aboríjen y mas «nuestro», como talvez no volveremos a tenerle, andando las modernizaciones y los cruzamientos.

Pezoa Véliz. Habíamos debutado juntos en una revista santiaguina que se llamaba *Luz y Sombra*. Y entre los pensamientos pizpiretos y los versitos, su *Perro Vagabundo*, su *Organillo*, su *Nada*, hacian verdaderamente contraste.

Y un buen dia nos encontramos en la redaccion y descendimos la Alameda con el sol. Iba envuelto mi compañero reciente en un largo poncho; caminaba con ese dejo particular de los que están acostumbrados al caballo y que remeda un poco al vaiven de los marinos en tierra, y era como el Pancho de su poema,

Rubio como es el patron.

Pocas veces habia tenido yo ocasion de tratar un literato con menos letras; y quiero decir con esto que un no sé qué, aun ocupándose de libros y autores, de nuestro comun amigo Alfonso Daudet o de Luis-Maria-Agenor de Monpavon, marques De la Tenue, hacia resaltar el hombre nativo, «vivaracho y agresivo—pendenciero y socarron», por encima de todos los barnices mas o ménos artísticos.

Cada obra suya marca desde entónces una etapa en nuestra amistad. Desde aquella *Serenata*, que nos recitó una noche de luna en el estanque del Parque; desde la «muchachita alegre vé—a dejar el café frio,—bebí mi sorbo de hastio,—no quiero tomar café,» musitado todo lo bajo que él logra-

ba hacerlo, en cierta sobremesa de Miramar; desde un *Fecundidad*, que fué lanzado magníficamente al sol de Febrero sobre los cerros que acabábamos de escalar, frente a la bahía afiebrada; desde el *Juan Perez* declamado en una casa de alegría, junto a pobres reclusas, y cuya última estrofa yo debía repetir y repetirme tantas veces y en tantas partes, en mi lengua o en la que ha llegado a ser como mía:

La vie, ses peines; bêtises anciennes!
L'on souffre, l'on souffre, pour quoi? «parce qu'oui»
L'on souffre, l'on souffre, l'on file sa chaîne
Un jour après l'autre; c'est comme ça la vie.

Así pasaba también su existencia aquél que, talvez por ironía usó el seudónimo de Juan Perez, sacudido por todas las actividades y las ambiciones, ensayando de conquistarse un puesto al sol, obra casi titánica, ni siquiera sospechada por los que vinieron al mundo en condiciones normales; tratando de instruirse y educarse, de crearse un pasado, un porvenir, un nombre, todo lo que puede en fin llamarse una posición.

Le vimos estudiar embrutecedoramente y rendir en un año los tres que le faltaban para un bachillerato dejado de mano quién sabe desde cuándo, seguramente por las necesidades de la lucha diaria.

Le vimos aventurarse en esa pampa salitrera, que parecía ser su escenario, y recorrerla ávidamente vendiendo suscripciones, libros o conferencias, como un buhonero del pensamiento, delante del esfuerzo del calichero contra el suelo y el sol, antes aprendiendo a vencerse que a vencer. Porque desheredado y todo, como acostumbra decirse, Carlos Pezoa era de un temple estético demasiado acrisolado para no rehuir reclamaciones y vindicaciones sociales que, sin embargo, a él también le hubieran prometido la revancha.

Rechazado una vez mas de la capital por dificultades o malos recuerdos, le vimos sentar sus reales en Viña del Mar, como profesor de español en una especie de pajarera verde que era un pensionado inglés para señoritas, y aquella atmósfera de snobismo y de yanquicidio, de vida de balneario, de sport, de apuestas y de especulaciones, a la cual debia administrarle el terremoto el puntapié que reserva la Biblia a los faustos edificados sobre arena, concluyó de aguijonear en él ese espíritu aventurero comun a todo chileno.

Le vimos entonces alejarse de sus gustos y camaradas y rebuscar una burguesía que él admiraba con la injenuidad de un salvaje, a defecto de una aristocracia a la que no habria podido aspirar sino a la larga y que en suma no es entre nosotros sino burguesía aconchada.

Su ideal de enónces era volverse maniquí de salon; usaba guantes *préville*, que se hacia abrochar entre suspiros por sus íntimos; admitia como moneda corriente libros en frances, que se hacia traducir entre bostezos, y tiraba mas vanidad de una cuadrilla mecánicamente danzada, que de una inspiracion atrevida. Hubiera querido no escribir o escribir política, considerando las facultades puramente literarias mas bien una desventaja que un dón precioso, y si cedia a su pasion recóndita era para enriquecer a hurtadillas estos manuscritos que sólo hoi vienen a delatarle y que sobrevirán felizmente a jeneraciones de petimetres.

Cateador que no halla, minero sin veta y sin vena, era uno de esos chilenos de la California de Pérez Rosales, nacido medio siglo demasiado tarde. Lucha contradictoria, tenacidad mal dirijida, enjendrada por muchas humillaciones solitarias, en las alamedas entristecidas por el crepúsculo, viendo volar el automóvil que nos obliga a guarecernos y que nos apesta... Deseos sofocados, siguiendo con los ojos el reflejo de sus linternas, que se aleja.

Su temperamento domesticado tan a la fuerza se sobreponía a veces y terribles crisis lo echaban de la cama a la ducha y de su pieza al camino desierto, el que para calmar los nervios solía recorrer a las altas horas hasta Valparaíso. ¡Cuántas decepciones de su vida falseada no repasaría en esos largos noctambulismos aislados, él que por hábito o por comprensión tarda acostumbraba rumiar las cosas buenas y las malas, deteniéndose con preferencia en éstas, como nos ocurre a algunos!

Poco accesible, hasta por su apellido basto, para la jeneralidad de las jentes (¡y quién, cariñosamente, lo habría llamado nunca por su nombre de pila!) se prevenía en contra suya, y como en el fondo su conciencia primitiva vijilaba, concluía revolviéndose contra sí mismo.—Como si me poseyera un Mefistófeles, no he jugado sino malas partidas a cuantos demostraron interés por mí—me confesaba penosamente en una ocasión,—y si tuve un amigo verdadero, yo no sé si Dios perdonará a Fausto el haber de un mismo golpe engañado el candor de Margarita y traicionado la confianza de Valentín... Fuerza será pagarlo,—agregaba supersticioso.

Profundas arrugas le cavaron estas luchas. Sus ojos azules se habían tornado duros, pero también cansados, cansados. Encarnaba atormentadamente el tipo de uno de esos angustiados descritos por Gorki, aquel gran roto ruso que no supo interesarle, precisamente porque se le parecía.

«Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurósis, anemia moral.»

La hora brillante, harto efímera y frágil, de este curso, puede ser aquella en que afligido de una recaída en las cosas intelectuales, Lord Spleen, como pretendía hacerse llamar ahora, vuelve a Santiago para decir ante el Ateneo su

Pancho y Tomás. Viene por el nocturno y sólo yo lo espero en el andén. Entramos a uno de los tantos figones que rodean la estacion y entre el silbido de las locomotoras y la neblina del tabaco, le oigo ese poema en que canta el terruño mismo. Aquellos paisajes que son el trasunto interno de nuestra naturaleza. Lo mas jenuinamente chileno que se haya hecho nunca en Chile.

La bruma, la sombra, el frio,
la torrentera, el peñon
donde envejece el bohío,
la queja eterna del rio,
la montaña en oracion...

¡Con qué hilvan de palabras este Pezoa-Pereza, Pezoa-Spleen, que es a la vez Pancho y Tomás, dice el humor vagabundo y levantisco, el jenio chispeante y fatalista de los suyos: «La guerra, ¿por qué? la tierra—no es de Pedro ni es de Juan;—desde el mar hasta la sierra,—es del amo, y a la guerra—los amos no van, no van.» Críticamente yo no podria juzgar su obra, tan compacta y limitada como su vida; sólo sabria hacerlo Dublé Urrutia, a quien él admiraba y que era a su vez admirador suyo; pero digo yo una vez por todas que este poeta nacional, siendo como se debe folklorista de los sentimientos y no del lenguaje de nuestro pueblo, tiene al mismo tiempo su sitio, en cuanto versificador, en el habla, tanto menos recargada, ampulosa y ríjida, de estas Castillas americanas, donde el gótico «Limpia, Fija y da Esplendor» parece haberse sustituido por «Alivia, Abrevia y presta Ajilidad.»

En la velada pasó inadvertido, como un 1.º de Mayo que arengamos juntos en Valparaiso, y hasta se le omitió en el programa. Y sin embargo, era sin duda su momento de oro, aunque tan mediocre y empañado por esa sombra de bajeza en que debia arrastrarse su vida.

Desertando la verde pajarera inglesa habia ido a posarse en el ayuntamiento de la villa, donde ciertamente concejales y alcaldes no se percataron que aquél su nuevo secretario hubiera podido poner en solfa actos y actas municipales. El gorrion habia hallado nido tambien en el corazon de su pupilera. Y yo sé de pocas cosas mas conmovedoras que la invitacion que al irse de la capital me hizo a «su» casa de Marga-Marga. «Encontrará allí el baño como usted lo prefriere, junto al cuarto de trabajo, y toda libertad. Sin que lo supieran les he envidiado tanto a todos ustedes los que tenian un hogar, que dénme el gusto de poder ofrecerles por una vez algo que yo creo que se le asemeja».

PEZOA comienza a declinar, ese todo-voluntad. Por una trizadura invisible escápase lo que al sin estrella le ha sostenido artificialmente hasta entónces y unos tras otros se abaten los reveses: el padre atropellado por un tranvía; la madre estinguiéndose algunos dias despues.

Estábamos solos al pié de los dos nichos, otra vez en Santiago, en el Cementerio Católico, y golpeando maquinalmente las lápidas que reunian su nombre, él me habló por la primera y última vez de ese fulano Pezoa y esa viejita Véliz, que sin ser sus padres le habian prohijado y a los cuales él no habia sabido sino hacer sufrir con sus arranques incomprensibles. ¡Buenas jentes humildes que, como él decia, habian empollado en su corral un huevo de culebra! no, no eran sus padres y sin duda merecian mucho mas que ellos su gratitud. Tampoco alcanzó a llevárselos a su lado. Y la idea de que una vez que él se desvaneciese tambien, nadie los recordaria a «ellos», le hacia mas daño que su propio anodamiento. ¡Pobre anónimo! ¡pobre, pobre diablo! ¿a quién cuento yo ahora estas cosas, ni quién puede recordarle con ternura? Menos que el mas mísero hijo de

mujer, a nadie dejó tras sí que pudiera llorarle, ese bravío hijo de nadie.

...Ido el viejo, tambien ella.
Ella, el niño, su niñez.
Tomás llora... Allá una estrella.
¿Cuándo hallar la dicha aquella?
El viento sopla: ¡Despues!...

Vine a encontrarle al día siguiente del terremoto, en la ambulancia de Viña del Mar destruida, aplastado por un muro, como si toda fatalidad que se abatiese sobre él debiera tomar una forma rastrera y brutal. Nadie ha siquiera comprendido aun el drama vergonzante de esas almas que tratan de reaccionar contra un destino indigno de ellas y al cual deben sucumbir, sin embargo, acatando y espiondo quién sabe qué responsabilidades y Dios sabe qué taras.

Desde entonces ya no debía verle sino tendido y en lechos de beneficencia. Una mala ensambladura lo habia dejado inválido. Al trasponer el umbral de su sala en el Hospital Aleman del Cerro Alegre, distinguí una mujer cubierta que se levantaba de un ángulo y se retiraba tímidamente.—¡Adios, señora! dijo el enfermo con su voz amarga y como sarcástica. Y volviéndose a mí con brusquedad, cuando ya habia salido ella:—¡Eh, hermano, es mi madre, esta vez la de veras; pero ha venido a acordarse de mí un poco demasiado tarde, y en la madre se ama sobre todo a la nodriza!... Ciertó que ahora me sirve de enfermera, y ¿no encuentra usted, hermano, que las enfermeras vienen a ser como nodrizas de la muerte?

Nada mas que en el tono entre socarrón y leal con que nos llamaba por aquella palabra hermano, tan en boca de nuestro roto, se acusaba su parentezco con él, y por eso talvez habia absorbido sus últimos entusiasmos ese poema

de los malecones, destinado a revelarnos, como nadie lo-graria hacerlo, el fondo de bondad injénita, hasta entonces nunca espresado, hasta ahora nunca reconocido, que acaso pudorosamente se disimula en el verdadero pueblo chileno entre una complejidad casi inextricable de cinismo y zumbas.

Con sus ropas de calle, ya sin empleo, iban amontonán-dose al pié de su cama sus inútiles arreos de hombre de mundo y sólo en el arte volvian a concentrarse sus preocu-paciones. Temia «reventar», segun su espresion caracterís-tica, e inquieto por el porvenir de una obra que en secreto habia acariciado siempre, deseaba confiármela. Y yo medí la estension de su afecto por el obsequio que me hizo de un retrato, no de hombre, no de jóven, sino de niño, en traje de primera comunión y con una fecha casi borrada al dor-so. Lo habia conservado; me esplicó, mamita Véliz y sólo yo querria heredarle. Ese retrato es el único que se le pa-rece y por mi parte siento no vaya en la portada de este libro, como el mas verdadero.

Su dolencia se habia doblado de otra interna y cuando volví a visitarle en Santiago, en el mismo San Vicente de Paul donde habíamos ayudado a bien morir al estoico Pe-dro Antonio González, una operacion de laparatomía tam-bien fracasada, lo desahuciaba sin que se dudase y lo re-ducia en sus últimas a dura miseria física. Nuestro maestro Daudet le habria recomendado con su noble ejemplo y con sus héroes de «sauver la tenue» a ese plebeyo moribundo: «Cuanto mas se quebrantaba su carne por la afliccion, tanto mas se esforzaba su espíritu por la gracia interior» (Kempis) he leído yo en su epitafio del Père-Lachaise. Pero el estoi-cismo como la distincion no se aprenden: nada mas difícil de ensayar que la «pose» del ataud. Y el triste Juan Perez, no agonizaba seguramente de pie a lo Cyrano, saludando a la adversidad con su acero. Consecuente con su vida, no era ni gallarda ni levantada su muerte.

¿Qué podía venir pensando desde meses y meses de inmovilidad el antiguo inquieto y roda-tierras, condenado hasta el fin al *llueve* y el *duermo*, al *llueve* y el *pienso*? Su cuerpo y su espíritu se habían afinado sin duda debilitándose. Yo creo que sus recelos y suspicacias, el escozor de los tantos desencantos sufridos, cedían ante la evidencia incontestable del interés desinteresado. Ese monotonero postrado permitía al fin que la misericordia se inclinase solicita sobre él. Veía agruparse en torno de su camilla, que sería de dolor en tanto no fuera de reposo, la abnegación de algunos admiradores.

Y como los suplicados antiguos con el brevaie aromatisado que se les brindaba, se exaltaba y aturdió con ese vino fuerte de la última hora.

Así le encontré yo el día que fui a despedirme de él, acompañado de un marino que tampoco ya no es más; que joven y hermoso y rico, llamó con su propia mano a la puerta de bronce hacia la cual el mísero Pezoa era arrasado contra toda su voluntad.

Y ahora vuelvo a verme solicitado como estaba yo entonces por las mil exigencias de un viaje sin término, haciendo un alto junto al vencido, yo que podía parecer en aquellos momentos un triunfador, por el sólo hecho de venir del aire libre y también por que me iba hacia el sol, hacia la vida y el porvenir. Me veo en aquella pieza desnuda, respirando la misma atmósfera letal que mis amigos el poeta y el marino. Y me parece tan desconcertante que ellos no estén en parte alguna y que yo continúe. Me hace pensar, hoy que vivo alejado de todo lo que me fué familiar y que me sonrió, que yo mismo no fuera sino un fantasma. Una impresión intolerable de forasterismo me sobrecoje, algo como lo que se experimenta al despertar en una habitación mercenaria y comprender que el viejo hogar se ha disuelto para siempre; al comprender que uno es un hombre que

¿Qué podía venir pensando desde meses y meses de inmovilidad el antiguo inquieto y roda-tierras, condenado hasta el fin al *llueve* y el *duermo*, al *llueve* y el *pienso*? Su cuerpo y su espíritu se habían afinado sin duda debilitándose. Yo creo que sus recelos y suspicacias, el escozor de los tantos desencantos sufridos, cedían ante la evidencia incontrastable del interés desinteresado. Ese monotonero postrado permitía al fin que la misericordia se inclinase solícita sobre él. Veía agruparse en torno de su camilla, que sería de dolor en tanto no fuera de reposo, la abnegación de algunos admiradores.

Y como los suplicados antiguos con el brevaie aromatzado que se les brindaba, se exaltaba y aturdiía con ese vino fuerte de la última hora.

Así le encontré yo el día que fuí a despedirme de él, acompañado de un marino que tampoco ya no es mas; que jóven y hermoso y rico, llamó con su propia mano a la puerta de bronce hácia la cual el mísero Pezoa era arras-trado contra toda su voluntad.

Y ahora vuelvo a verme solicitado como estaba yo entonces por las mil exigencias de un viaje sin término, haciendo un alto junto al vencido, yo que podía parecer en aquellos momentos un triunfador, por el sólo hecho de venir del aire libre y también por que me iba hácia el sol, hácia la vida y el porvenir. Me veo en aquella pieza desnuda, respirando la misma atmósfera letal que mis amigos el poeta y el marino. Y me parece tan desconcertante que ellos no estén en parte alguna y que yo continúe. Me hace pensar, hoy que vivo alejado de todo lo que me fué familiar y que me sonrió, que yo mismo no fuera sino un fantasma. Una impresion intolerable de forasterismo me sobrecoje, algo como lo que se experimenta al despertar en una habitación mercenaria y comprender que el viejo hogar se ha disuelto para siempre; al comprender que uno es un hombre que

recomienza. Porque de esos amigos, uno era el que me amó mejor y el otro aquel a quien yo amaba mas.

Sabía yo con la inesplicable certeza de esos casos que no volveríamos a vernos Pezoa y yo. Y esa última entrevista entre dos viajeros, uno que se iba para siempre de la patria y otro que se iba del mundo; entre dos hermanos de armas, de los cuales el sobreviviente debía recordar y sentir al otro toda su vida, se pasó, me parece, de manera harto banal, desprovista al ojo de toda grandeza, como si no estuviéramos absolutamente en la linde de nuestros respectivos destinos.

Mi amigo me dijo, sin embargo, su inquietud de verme ir solo. El que yacia arrollado por la fortuna examinaba la espada y sobre todo el broquel del que salia a afrontarla y lo juzgaba vulnerable en demasia y casi indefenso ¡Dulce solidaridad humana; espresion de mil sentimientos fraternales en el rápido apretón de manos que se daban dos hombres! ¡Dios mio! ¡talvez mi amigo tuvo razon!

...Tomás llora... Allá una estrella.

¿Cuándo hallar la dicha aquella?

Susurra el viento: ¡Despues!...

MEDIODIA; la hora de los buitres en la tierra peruana. Yo echo desde tan lejos, pasado tanto tiempo, mi postrera paletada de recuerdos sobre la memoria del poeta Carlos Pezoa Véliz, con mas brusquedad acaso que lo que él habria querido hacerlo si se hubiese invertido nuestra suerte, pero no con menos sinceridad.

He querido evocarlo en este dia, despues de cuatro años, igualmente alejado del Hindostan que de Chile: en este nuevo destierro donde me olvidan y olvido; estirando los brazos, con un crujimiento de todos los tendones, hácia el

médano que me aprisiona, árido como una Palestina, bajo su cielo crudamente azul surcado por los pájaros de presa; en medio de este paisaje neto como la realidad y sobre el cual la naturaleza no ha tenido la piadosa intencion de tender ese que llamaba alguien, diáfano manto de la fantasía.

HALMAR.

Eten, XI-2. («La conmemoracion de los fieles difuntos») 1911.



A. CÁRLOS PEZOA VÉLIZ

Poeta: ya has partido... Mas no con el aliento
con que dejaste un día la quietud del hogar,
llevado por el ánsia del sol, por el tormento
del cielo, por la angustia de la selva y el mar.

Ya se cumplió el designio de tu presentimiento:
¡moriste joven! Huérfano como el hijo de Agar,
tras de tu paso siempre sopló un extraño viento...
¡Toda tu adolescencia no fué mas que un azar!

Poeta: fuiste grande, y en la orfandad viviste.
Conquistador del verso, sondeaste, hermoso y triste,
zonas de pensamientos y abismos de emoción.

Tu vida fué un infierno de ensueño y amargura.
Moriste en una noche terrible por lo oscura,
y era una apoteosis de luz tu corazón.

VÍCTOR DOMINGO SILVA



LÁPIDA

(En la muerte de Pezoa Véliz.)

Ah, interminable mañana!
Anda día, turbio día!
En el sol no hai alegría
ni piedad. Esa campana

Fastidia sobremanera
con su toque de oracion:
¡apague su áspero són
la campana vocinglera!

¡Mas silencio! ¿A dónde vas,
poeta?... No haya rumores.
Mas silencio, mucho mas!

...Así callada, callada,
es una Ofelia sin flores
la Poesía enlutada!

JORJE GONZÁLEZ BASTIAS.



NADA...

(A Luis Enrique Carrera, en recuerdo de Carlos Pezoa Véliz.)

ESTE era un poeta que siempre venia
a tejer en ritmos la delicia mia.
Jóven, flaco, terco, raro y solitario,
siempre pensativo... ¡Un estrafalario!

Un día de lluvia, mui plácido, sobre
la piadosa cama de un hospital pobre,
lo encontraron muerto las monjas—las fieles
hermanas del triste.—Entre sus papeles
sólo se halló versos...

Datos a porfía
pidieron algunos para la elejía;
pero nadie supo nada del estinto,
ni el crítico Pérez, ni el artista Pinto.

Dijeron las jentes qué sería un loco
o algun pobre diablo qué comia poco,
y filosofaron todos sin recatos:
«¿Murió?; pues, al hoyo...» ¡Vaya unos ingratos!

.....

Una paletada le echó el panteonero;
mudos emprendieron de vuelta el sendero
los pocos amigos... Tras la paletada,
nadie ha dicho nada, nadie ha dicho nada...

ALFREDO GUILLERMO BRAVO.

INDICE

	Página
PRÓLOGO.....	5
Carta a una dama.....	17
En la poda.....	19
Capricho de artista.....	21
Nocturno.....	23
Romanza de amor.....	26
La pena de azotes.....	29
Noctámbula.....	30
A una morena.....	33
Los ojos de mi amada.....	34
En este día.....	36
Los pájaros.....	38
Cansancio del camino.....	41
Reiré.....	45
A la criada.....	46
Cosa pasada.....	47
Fecundidad.....	49
El tren.....	51
El perro vagabundo.....	55
Al amor de la lumbre.....	57
El pintor Pereza.....	60
A Eva.....	64
Entierro de campo.....	65
El organillo.....	67
La cita.....	73
Teodorinda.....	75
Contra avaricia, largueza.....	77
Contra gula, templanza.....	78
Nada.....	79
Egloga.....	81
Una astucia de Manuel Rodriguez.....	83
Pergamino clásico.....	90
Pancho y Tomás.....	92
La primera lluvia.....	103
De vuelta de la pampa.....	109
Injenua.....	114
Balada.....	115
San Ignacio, poeta y confesor.....	116
Postal.....	119
Jeórfica.....	120
Edad.....	121
Alma chilena.....	122
El estero de Marga-Marga.....	137
Marusiña.....	153
EPÍLOGO.....	165